

Ilustración Artística

AÑO XXXIII

BARCELONA 19 DE OCTUBRE DE 1914

NÚM. 1.712

BARCELONA. SALÓN PARÉS



AVE MARÍA, cuadro de Juan Llimona

(De fotografía de F. Serra.)

ADVERTENCIA

Con el número próximo repartiremos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tomo cuarto de la presente serie, que será la preciosa obra de Maeterlinck

LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES

versión española de Juan B. Enseñat. El libro va ilustrado con numerosos grabados.

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. - *La hora azul de las estrellas*, por Luis Capdevila. - *La guerra europea*. - *Por casar a su hija* (novela ilustrada; continuación). - *Notas de Marruecos*. - *Muerte del rey Carlos I de Rumania*. - *Madrid. Estreno de «Margot»*. - *Libros enviados a esta redacción*.

Grabados. - *Ave María*, cuadro de Juan Llimona. - Dibujo de Carreres, ilustración al cuento *La hora azul de las estrellas*. - *Monumento a las Cortes de Cádiz*, original de Aniceto Mainas. - *La guerra europea. El general Roques*. - *Senlis. Casa incendiada por los alemanes*. - *Soldados escoceses de paso en París*. - *El burgomaestre de Bruselas Adolfo Max*. - *El Sr. Poincaré y el generalísimo Joffre*. - *El tsar Nicolás II de Rusia y el gran duque Nicolás*. - *La señora Marchez*. - *Amberes. Vista del Museo de Steen*. - *Palacio Real*. - *El enigma de la vida*, cuadro de E. Ludecke. - *La guerra europea. En Berlín*. - *En Bélgica*. - *En París*. - *Notas de Marruecos* (cuatro fotografías). - *El rey Fernando I de Rumania*. - *El rey Carlos I de Rumania*. - *La reina María de Rumania*. - *El maestro Turina*. - *Madrid. Una escena de la comedia lírica «Margot»*. - *El monje tornero*, cuadro de G. B. Torriglia.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Uno de los aspectos secundarios de la guerra es la influencia que puede tener en la moda femenina. Y este aspecto, en apariencia frívolo, es en realidad de suma importancia económica.

No es fácil calcular a cuántas familias, a qué número de individuos trae la miseria el hecho de que no se exporten artículos de la *toilette* femenina, ni de Francia ni de Alemania (puesto que siguen viniendo de Inglaterra). Y no me refiero a lo que podría importar España únicamente, sino a lo que salía para todas las naciones del mundo. Sólo Sud-América...

Era ésta una excelente ocasión para que, ayudados por la fabricación de Cataluña, los industriales y modistas españoles, no sólo hicieran su agosto, sino que adquiriesen clientela fuera de España. Nadie se ría irónicamente: las modistas españolas han adquirido, de diez años acá, muchas cualidades; se han formado mucho. Hará un cuarto de siglo no se podía confesar vestirse en Madrid, pues parecía desdoro; y realmente, no bastaban tapujos, pues el traje o la prenda lo llevaban escrito claramente, en cada costura y en cada vuelta.

En la actualidad, se ha ido borrando la diferencia enorme entre la modistería francesa y la nacional; Madrid está lleno de excelentes modistas, y mucho traje que vemos en los bailes y en las fiestas y encontramos gracioso, nuevo, original, *chic*, procede de talleres que están a dos pasos de nuestro domicilio. Más de una dama encopetada y que afecta traer de París hasta los camiones, de Biarritz o Bayona por lo menos, recurre misteriosamente a alguna hada de la calle del Bonetillo o de la Corredera de San Pablo y hace el gran papel, y al día siguiente lee, en la revista de salones, hiperbólicos elogios de su *elegancia suprema*...

Lo saben las mismas modistas; no ignoran que el traje «dió golpe», y no se atreven a murmurar con sonrisita de modestia: «Pues lo hice yo.» Temen perder la clientela buena, empingorotada, y prefieren no recoger un lauro, a quedarse sin las parroquianas mejores.

¿Qué más? Hasta la confección doméstica, los humildes «pichones caseros» compiten hoy con los envíos de Lutecia. Claro es que me libraré de poner nombres al pie de esta afirmación; me ganaría enemistades de esas que no perdonan. Basta que el hecho esté, como suele decirse, «en la conciencia de todos»... Y, si cada cual pensase como yo, el hecho de confeccionar en casa hasta las galas de mayor aparato y suntuosidad, merecería, antes que censura, caluroso elogio.

La prosperidad reciente de Alemania no debe poco al sistema de hacer en casa un sinnúmero de cosas que en otros países se encargan fuera; y este *caserismo*, llamémoslo así, de los alemanes, ha representado enorme economía, no sólo para sus clases populares, sino para las altas y copetudas, porque todas han menester vivir prevenidas contra el desorden del lujo, que devora al grande como al chico.

* *

Convendría, lo repito, que se aprovecharan circunstancias tan extraordinarias, para que las modis-

tas españolas y los géneros de fabricación hispánica se abriesen camino, cuando menos, en las Américas. Yo no sé por qué no hemos de poner nosotros, si no la tiránica moda, parte de ella. A cada momento los árbitros de las elegancias nos están pidiendo prestado algún atavío nacional, que lanzan al mundo como novísimo y que viene de nuestra indumentaria antigua.

Por ejemplo: la capa, que nos ha inundado, infestado, abrumado y agobiado esta primavera, y amenazaba hacer otro tanto en invierno, y lo hará, si París, al salir de su actual crisis, no impone ningún otro abrigo inglés o ruso, en agradecimiento al concurso que le están prestando ambas naciones.

La capa es españolisima. Tres veces ya, que yo sepa, la ha patrocinado París. La primera fué cuando aquel arrogante general Quiroga, el que se pronunció con Riego, se refugió en Francia para evitar igual suerte que la sufrida por su amigo, y paseando por los bulevares su hermosa estampa de emigrado y de prócer, puso de moda el *manteau a la Quiroga* del cual queda consignado por Balzac un recuerdo. La segunda debió de ser por los años de 1894 a 95, si no me engaño, y lo que se estiló fué ya (en señoras y señoritas) la verdadera capa castiza, con sus embozos de terciopelo, su esclavina bordada y atreñillada, su paño reluciente, sus conchas de plata, tan chulas. Y ahora volvió, ya afrancesada, por supuesto menos bonita, lánguida como todas las prendas de hoy; pero tan invasora, que no ha quedado muchachilla de la clase media humilde que no se haya dado el lujo de la capa, y no la ostente como al *desgaire*, con forros «tango» o «azul real».

* *

Y al acercarse el invierno, ¿quién va a poner la moda?, pregunto. ¿Cómo se van a vestir damas y damiselas? ¿Se resignarán a no alterar en lo más mínimo el estilo del año pasado y a abrir un paréntesis en la incesante variación de hechuras y adornos?

Y los sombreros, lo más cambiante, lo más inconstante, ¿serán inamovibles? ¿Vamos a seguir con el plumerito del penacho; con los *esprit*s en disposición cornuta, embistiendo al acompañante; con medio ojo tapado por la inclinación del *cuore-jefe*, y con el casco y ala hundidos hasta la nariz?

La guerra (no nos equivocamos los pocos que así lo creímos) ha de prolongarse mucho. Cada ocho días, danza en periódicos la noticia de que está pedida la paz; a cada descalabro de los unos o de los otros, se los supone en actitud conciliadora. Pero no puede ser; no es tiempo; no se han gastado energías bastantes; no han muerto bastantes hombres; no se han arrasado suficientes ciudades; no se han hundido barcos en considerable número; no se ha entrado en París ni en Berlín; no han dicho su última palabra las aeronaves militares; no faltan subsistencias; a pesar del estremecedor y tal vez inventado detalle de los soldados alemanes en cuyo estómago se encontraron las hortalizas crudas, mezcladas con tierra. La guerra, si no está empezando como algunos opinan, está en su primer tercio.

* *

Y llegará noviembre, sin que hayan venido los coquetones catálogos y anuncios de modistos y grandes Almacenes, sin que los figurines se hagan eco de nuevos decretos y *ukases*, sin que inunden a Madrid las viajeras por cuenta de las grandes «casas de costura», escoltadas de sus maniqués...

El año pasado, una de estas grandes casas, acaso la de mayor renombre mundial, fué derrotada en Madrid, y marcó un síntoma de lo que antes he notado: el incremento de la modistería madrileña y el fin de la leyenda de los modistos extranjeros infalibles, sublimes y prodigiosos. La casa derrotada era la de Paquín, el superfirrolítico Mago de la *rue de la Paix*. Alquiló éste, o sus sucesores, un magnífico piso en la Carrera de San Jerónimo, para sucursal en Madrid, y nubes de señoras acudieron, cual las moscas al panal de rica miel, a admirar las «creaciones» del Mago. El desencanto fué inmediato, fulminante.

Encontraron varias prendas ya muy sobadas, a fuerza de «maniquizarlas» y nada sorprendentes en cuanto a novedad, originalidad y chiste modistil. Encontraron además una encargada, o lo que fuese, que apenas permitía acercarse a examinar el género, y con crispada voz y gesto disidente contestaba lacónica, acentuando su desdeñosa actitud cuando alguien preguntaba los precios, averiguación que sin duda condenaba por impertinente y fuera de propósito.

La cosa era singular para los que conocíamos, no

sólo el modo de vender parisiense, sino el de la misma casa central de Paquín; hartos sabido es que el francés se desvive por atraer al cliente, y extrema la amabilidad hasta un grado inverosímil. Fuese pues por la anomalía del sistema de comerciar que en nuestra capital pudo observarse, fuese por lo que fuese, el caso es que Paquín, en la coronada villa, debió de hacer muy mal negocio; y acaso esto explique el mal humor de la *mademoiselle*, o por el contrario, este mal humor estropeó la industria.

Ello es que ni los sombreretes ni las fundas de gasa trapajienta lograron conmovier al público y acaso haya dicho para su coeto Paquín (o más bien el sucesor, pues tengo entendido que ha muerto el Mago):

- *Désormais, il faut soigner l'Espagne et le Maroc!*

* *

Si paramos la consideración en lo que afecta la guerra a este ramo de la actividad industrial francesa, se comprenderá cuántos perjuicios que no se calculan origina a una nación no ya un caso como el presente, que sobrepuja a cuanto pudo calcularse, sino cualquier trastorno que paralice la exportación y la venta.

¿Qué hace, a qué se dedica la legión de *midinettes* parisienses, las empleadas en los importantes establecimientos de costura o en los inmensos bazares? ¿Preparan ropa para los heridos, sábanas para las sangrientas camas, hules para las camillas, cuanto exige la trágica situación? ¿Se han escondido en sus bohardillas a la Murger, cultivando el tiesto de resedá y el pie de floridas capuchinas, que enraman su ventana romántica y poética? A falta de café y manteca y *côte* con patatas fritas, ¿se mantienen del amor de los estudiantes? Mimi, tísica a fuerza de privaciones, ¿existe aún?

También el amor, ese amor sin recato, que llena de parejas estrechamente enlazadas los jardines de las Tullerías, al caer de las hermosas tardes de mayo y junio, está en suspenso. No es el momento a propósito para tales tortoleos y arrullos. No son malas tortolitas las que se han entrado frontera adelante. Aunque el plomo francés les dé caza, los momentos son difíciles. Vencedores y vencidos tendrán que restañar sangre y heridas profundas, y por bastante tiempo el amor, que Tolstoy condenaba en la literatura francesa, porque ocupaba demasiado sitio, absorbía con exceso y nimiamente la fuerza espiritual de una nación obligada a preocupaciones más serias, después de sus desastres, tendrá que plegar las alas, colgar el carcaj y deplorar que las flechas no sean utilizables en los campos de batalla...

¡Cuántos dramas sentimentales estarán, en estos momentos, desarrollándose, allende y aquende el Rhin!

Hablen otros de las líneas de combate, de la estrategia, de los efectos asombrosos de la artillería, de los inventos extraordinarios en aviación y navegación submarina, de las pólvoras nuevas (cuyo nombre acaba en *ita*, en vez de acabar en *on*, sílaba detonante); a mí me interesa más lo que sucede en las almas, la tremenda ramazón de novelas y cuentos y poemas y elegías que brota al margen de las heredades encharcadas de sangre, en el seno de las ciudades donde ya no se trafica, y suben los artículos de primera necesidad, y falta el trabajo y caen las bombas.

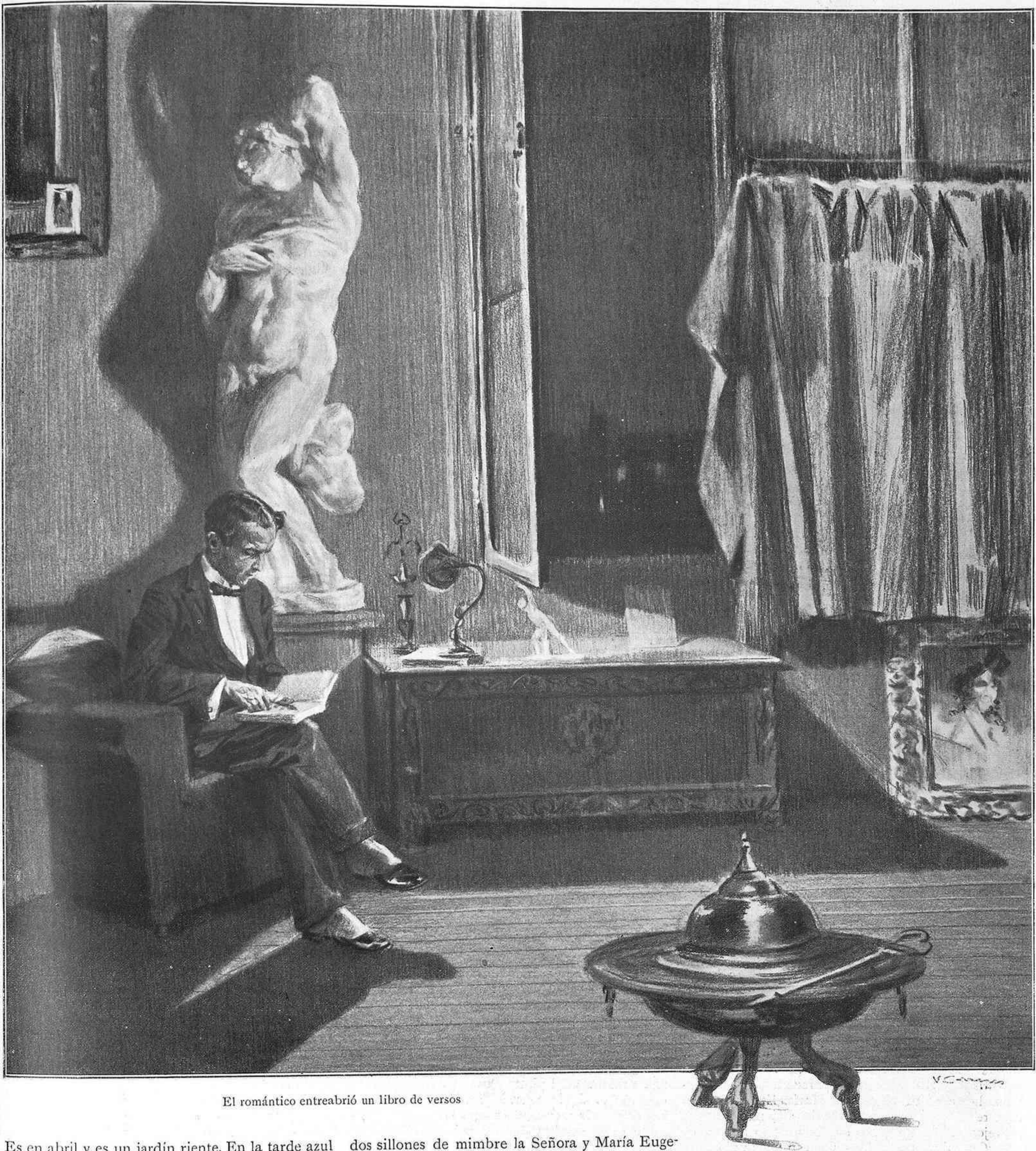
Por cierto que el oficial alemán que lanzó una fanfarronada sobre París, desde un zepelín, no estará contento. No hay cosa más humillante que amenazar en vano. Ese *quiquiriquí* de gallo de Hamburgo, ese «rendíos, que no tenéis más remedio», tal vez sea la única *rodomontade* que se han permitido las invasores; pero fué pública, estruendosa y, digámoslo igualmente, graciosa, propia de un lansquene, de retorcido mostacho juvenil, que escupe miles de *donnerwetter* y ha constituido un episodio animado y aventurero, en medio de una lucha monstruosa, plomiza, sorda, brutal...

Y las músicas militares, elevando sonoridades de himnos, apenas nos permiten consagrar atención al eco apagado de la marcha fúnebre de la marioneta Moda...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LA HORA AZUL DE LAS ESTRELLAS, POR LUIS CAPDEVILA, dibujo de Carreres



El romántico entreabrió un libro de versos

Es en abril y es un jardín riente. En la tarde azul y dorada florecían los claveles como llamaradas, como sangrantes corazones; o como pecadoras bocas de mujer, los lirios lánguidos y señoriales, morados, blancos; las rosas, enormes, diminutas, de color de carne, de color de nieve, de color de púrpura...

Una escalinata se abre al jardín. En dos macetones de madera pintada de verde, unas camelias hacían guardia de honor a la marmórea escalinata... En los parterres diminutos, las violetas se escondían como misteriosas pupilas enamoradas bajo las hojas velludas... Las lilas y las madre selvas escondían el muro vestido de musgo... Los árboles se vestían sus ropajes esmeraldados... Cantaba una fuente en la bella tarde abriliana su canción de cristal al romperse sobre la taza de piedra...

Y cantaba el viento en los árboles y en los árboles cantaban pájaros...

Tras la fronda joven se divisaba, se adivinaba el chalet blanco con persianas azules.

En la terraza, bajo el sol dorado y patriarcal, en

dos sillones de mimbre la Señora y María Eugenia conversaban.

La Señora dejó el *crochet* unos instantes para arreglar los almohadones del sillón de la nena.

La Señora va severamente enlutada, tiene el rostro suave marchito, los cabellos blancos y unas manos largas, aristocráticas, pulidas: manos de abadesa para aderezar sabrosas confituras de membrillo o para bordar casullas de nobles abades...

María Eugenia es una flor tronchada por el vendaval, pálida, muy pálida, con esa palidez cerúlea de las convalecencias largas... En sus labios exangües juguetea una sonrisa dulce y temblorosa. Sus ojos, adormecidos en las ojeras cárdenas, tienen un enigmático rebrillar de fiebre. Viste un amplio ropón blanco, que la hace más interesante, más literaria, y el vientecillo de la maga tardecita dorada y azul juguetea en sus cabellos color de caoba...

La Señora y María Eugenia hablan como dos damas de Wateau en un falso y delicioso paisaje de abanico.

LA SEÑORA. — Anda, tontina, no estés triste... Sonríe, mujer, sé alondra: canta, que el sol es bueno y el cielo azul, y han florecido los claveles.

MARÍA EUGENIA. — Sí, mamá; si estoy muy contenta, si soy muy dichosa... Me siento revivir con este sol que tú me recuerdas, con este cielo tan azul, con este leve airecillo perfumado...

LA SEÑORA. — Y con la esperanza de la visita de Luciano. ¡No te ruborices, tontina, que eso no es nada malo!. Todas hemos esperado, en una bella tarde dorada y azul como esta de hoy, la visita de un Luciano que tenía preso nuestro corazón en las guías de su bigote donjuanesco.

MARÍA EUGENIA. — Pero yo no, mamá, yo no..., porque Luciano va afeitado.

LA SEÑORA (*sonriendo*). — ¡Qué inocente! ¡No, tonta! Era una figura retórica: no en balde se ha tenido un esposo literato...

MARÍA EUGENIA. — ¡Pobre papá!
(Hay una pausa. Los pájaros cantan más audaces en la fronda. Reza la fuente su canción y rezan las dos mujeres una oración sin palabras por el esposo, por el padre, ido para siempre de su vera. El cielo es más azul y el sol va descendiendo suavemente sobre un lecho de montañas que cierran el horizonte a los ojos inquietos. De pronto María Eugenia grita casi poniéndose en pie:

— ¡Mírale: ya está aquí!

LA SEÑORA. — ¿Luciano?

MARÍA EUGENIA. — Sí. Ya pasó la verja... Ya está en la huerta...

LA SEÑORA. — Voy a ver...

(Y se aleja. Su figura enlutada se divisa luego entre unos macizos de lilas. Desaparece. Vuelve a aparecer. María Eugenia, sola en la terraza, toda unguada de sol, sonríe... Llegan ahora la Señora y Luciano. Luciano viste con descuidada elegancia una americana negra de terciopelo, una corbata sujeta por un arcaico camafeo romano y un enorme sombrero Rembrand. Sus ojos tienen la rara inquietud de todos los horizontes y su frente la serenidad de todos los soles.)

LUCIANO. — ¡María Eugenia!..

MARÍA EUGENIA (con la voz como un susurro). — ¡Luciano!

(Las manos se trenzan amorosamente; quedan contemplándose con los ojos ávidos como después de un largo viaje del que no se pensaba volver.)

— ¡Malo! ¡Malo!.. ¡Tanto tiempo sin venir a verme, sabiéndome tan enferma!.. ¡Tan enferma, que creía no verte más!.. Porque he estado a punto de morirme, Luciano... Pero ahora ya no: vuelven a mí las risas y las canciones, como si renaciese...

(La gentil enferma habla, habla locamente, con una casi divina incoherencia que enciende en llamaradas sus ojos grises, sus pobres ojos de fiebre.)

— Ese sol, ese buen sol que me besaba todas las mañanas al nacer y me besaba cuando moría, ¡cómo me recordaba la enjalbegada solana de nuestra vieja mansión, allá en la montaña, entre claveles y albahacas, mientras cantaba un rústico, silbaba el tren en la lejanía, y en el interior de la casa la mamá o la hermana aderezaban el yantar suculto y oloroso a campo, a hierbas buenas, a paisaje de ensueño que me adormecía en una sedante visión de paz, y que, luego, ya aquí en la ciudad, olvido entre nubes de polvo y de gasolina...

LUCIANO. — ¡María Eugenia!

(La voz de Luciano tiembla al pronunciar el amado nombre.)

MARÍA EUGENIA. — Porque viviremos en el campo, ¿verdad? En una casita blanca anillada de cipreses y laureles, lejos del mundanal ruido...

(Luciano sonríe sabiamente de las palabras de la nena. Ella se apercebe y pregunta:)

— Te burlas, ¿verdad? ¿Te parecen cursis mis palabras? Pero es que ignoras, tú que sabes tantas cosas, que el amor a fuerza de ser sincero...

LUCIANO. — Deja, deja... No hagas ahora disquisiciones trascendentales: para esto están los filósofos... Fíjate en la hora, en esa divina hora serenamente melancólica del atardecer que parece una ancha bendición amorosa para todas las Marías Eugénias, para todos los Lucianos que se estarán diciendo ternezas por el mundo... Fíjate: el sol ha muerto fastuosamente y teatral tras de aquellas lomas, y aun unas nubecillas que nadan como cisnes por el lago azul del cielo se encienden a su beso... Ya nace la penumbra, una penumbra morada como si en la tierra agonizasen infinitas violetas... La fuente hila su canción más misteriosa porque se acerca la noche, que será fragante y nupcial; las campanas de una iglesia perdida en la penumbra misteriosa del vespertino rézanle su salmo a la noche que llega toda coronada de luceros... Y en el jardín cantan tus hermanitas antañones romances de amor y de guerra:

Alirón,
tira del cordón,
cordón de la Italia.
Dónde irás tú, amor mío,
que yo no vaya...

(Los novios callan emocionados. Susurran las hojas de los árboles, pasan golondrinas piando desgradadamente. En las eras y en el polvo de los caminos los grillos entonan su serenata siempre igual. Tañen sapos sus flautas cristalinas... Y en el lago azul, donde han naufragado las nubecillas blancas, rosadas,

se enciende, trémulo como una lágrima, el palor del primer lucero.)

Pero sucedió algo imprevisto. En toda sonrisa se amaga una tragedia más o menos vulgar. Debajo la grasa del burgués más normal, late una escena de Shakespeare.



La Constitución, estatua colosal que figurará en el monumento dedicado a las Cortes de Cádiz, original de Aniceto Marinas. (Fot. de R. del Rivero.)

La señora comenzó a pensar, a meditar... Y dedujo, brutalmente lógica: un artista no convenía a su María Eugenia. Su María Eugenia sufría un lirismo agudo que la envenenaba lentamente. Los artistas son gentes extrañas que disfrazan la vida, que la deshacen, que la retuercen a su gusto para hacerla nueva... Así, el almita blanca de la nena unida al corazón en llamas del pintor harían su desgracia, desquiciarían su psiquis enferma. La vida de María Eugenia debía ser mansa, uniforme, siempre igual, deslizarse en la sombra de lo armónico... A la nena le convenía un buen chico, prosaico y hacendoso, que aunque no se desgarrase el corazón en las catorce sangrantes rosas de un soneto ni supiese trasladar al lienzo el alma de un paisaje, supiese ser buen marido, buen padre... Y a fuerza de sermones convenció a la nena. ¡Oh, las mujeres, cuando no son mujeres de poema o de novela, resisten muy poco!

Y María Eugenia, la dulce, la romántica, la exquisita, casó una mañana ardiente de septiembre vendimiador con Antón, hosco, catedrático de la Universidad, barrigudo y antiestético.

El poeta persa Sada escribió la fábula de una oruga enamorada de una rosa...

Luciano ha tirado los pinceles y se ha marchado a pasear. Se aburre... Está triste... Al atravesar la plaza de un general célebre, le llaman desde las mesitas del café hundidas en la penumbra de los soporales.

— ¡Chist, chist, Luciano!

Es Antón, el catedrático, el ya esposo de su María Eugenia. Luciano siente un algo de repugnancia

ante el orondo hombre feliz. Pero acepta su compañía. ¡Oh, la amistad, la cortesía!

Van alejándose del centro. Las calles humildes. Las encrucijadas miserables con casuchas ruinosas, con mujeres harapientas y niños paliduchos.

Salen al campo. Ha llovido por la mañana y el campo huele a frescura que es una gloria. Los dos amigos deambulan sosegadamente por una alameda paralela al río. El río no se distingue, pero se oye el rezar de sus aguas inquietas. Y los dos amigos hablan:

ANTÓN. — Verdaderamente no puedo quejarme de mi matrimonio. María Eugenia, a la que yo creía tan romántica, hace una buena ama de su casa. Es lo que yo digo: mucho soñar, mucho romanticismo, muchas novelitas y total nada o materialismo puro. Mucho suspirar por el príncipe azul de la encantada leyenda y luego se casan prosaicamente con el más fornido.

(Luciano le mira, asombrado de tanta elocuencia. Tiene razón el cretino. Luciano suspira tristemente. La tarde tiene una sutil serenidad de maravilla. El campo se adormece en el silencio hecho de infinitas sonoridades. El río bajo el sol es una anchurosa cinta de plata que se aleja hacia nuevas tierras y nuevos hombres. Cretino, reposado, grave, dando furiosas chupadas al cigarro, sigue hablando:)

— Por eso yo no he dado ninguna importancia a tu... *flirt* con ella, con María Eugenia. Aquello fué tan sólo literatura. Tú eres un hombre exquisito, nada vulgar, muy de novela...; pero el matrimonio es algo más que todo esto. Literatura, versos, música, pinturas bonitas..., sí, está bien, está bien, pero eso sólo sirve para pasar el rato. El matrimonio es una cosa muy seria, muy trascendental, más propia, siempre, de un catedrático que de un artista. Por eso yo no di nunca importancia a tu *flirt* con ella.

(La tarde muere lánguidamente. Ya no hay sol y todo está azul de crepúsculo. Rezan las frondas: juh, uh, uh!.. Tañen los sapos sus melancólicas flautas de cristal...)

LUCIANO. — Y no te creas que yo le diese mucha a tu matrimonio.

(Antón, el cretino, le mira asombrado. ¡El, que imaginara a Luciano tan novelesco!)

— No, no le doy ninguna importancia. ¿A ti, como a marido, te hubiese gustado más que yo, cuando las bodas, desapareciese como un desesperado a la romántica? Acaso que a la mañana siguiente me hubiesen encontrado con un balazo en la sien o ahogado en el río... ¡Da mucho postín ser el marido de una mujer por la que se ha suicidado un hombre! Pero, nada, no hice nada de eso. Sólo si marcharme con una pena infinita, pena por ella y por mí...; pero marcharme no al otro mundo, sino a la estación, con mis bártulos, mi maleta y sin ninguna pistola.

(Ya casi es noche. Noche perfumada de rosas y de jazmines. Antón, azorado de las palabras del romántico, sólo acierta a balbucear:)

ANTÓN. — ¡No, hombre! Yo...

(Han vuelto los pasos tardos, cansinos, hacia poblado. La noche queda allá lejos en el campo misterioso y doliente. Al llegar al casino, Luciano tiende la mano, la mano pálida y principesca, al pobre hombre y le despide como a un lacayo humillado.)

LUCIANO. — Nada, no, no seas tonto. Si yo únicamente os deseo mucha felicidad, amor sosegado y plácido, seis o siete hijos y pocos catarros para que, con el gorro de dormir, no te hagas antipático a la pobre María Eugenia. Adiós...

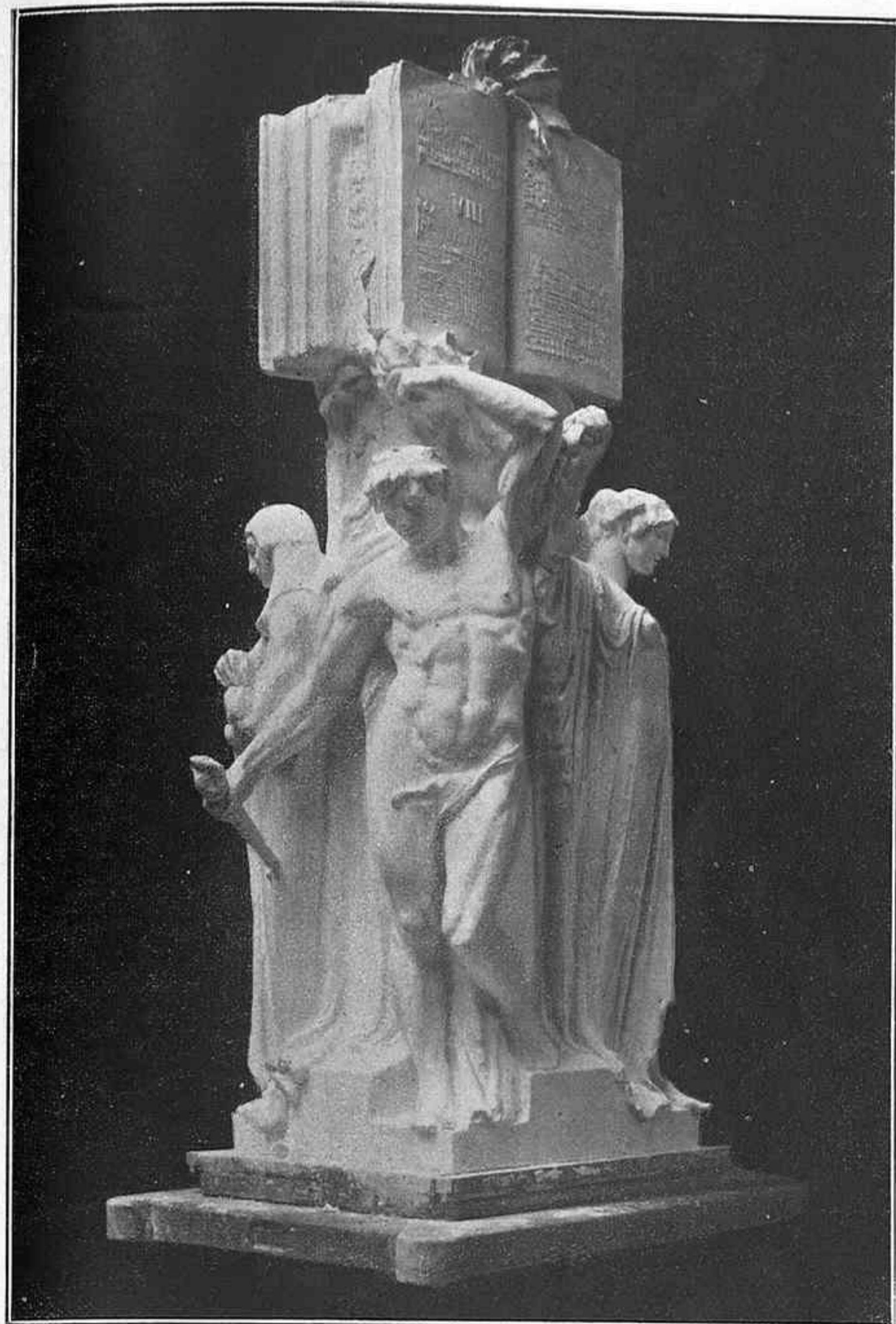
(Y se entró por el zaguán amplio y grotescamente decorado del tristón casino provinciano, donde cada tarde los Antonios de la vieja ciudad hacían el tute.)

Luciano abrió la ventana de su estudio a la noche septembrina. Florecían abajo en el jardín rosas, esas rosas serenas y tristes de otoño que se deshojan sobre los tapiales de los jardines besadas por el viento. La noche estaba magamente coronada de luceros.

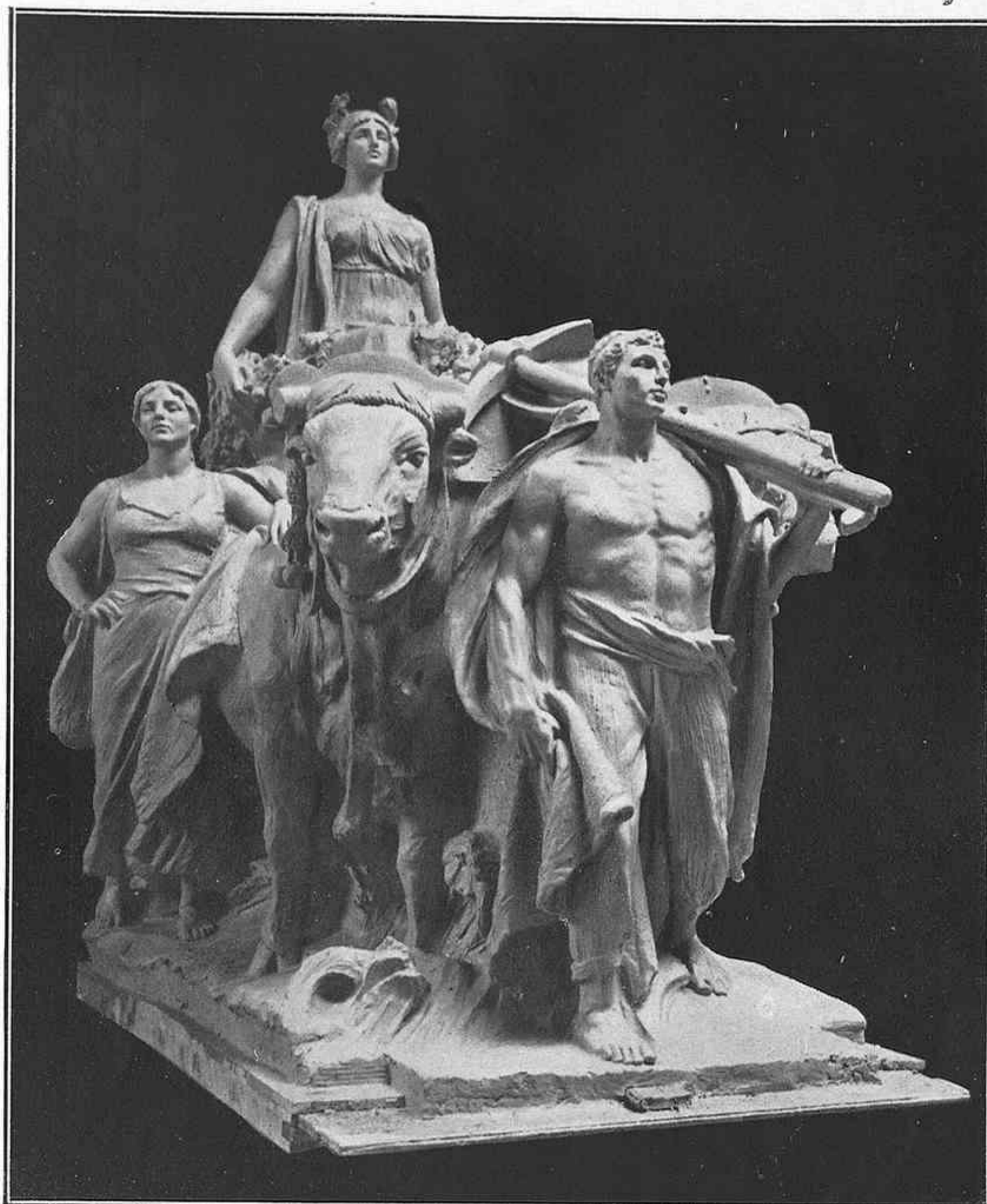
El romántico entreabrió un libro de versos. Una flor seca, como un corazón marchito, entre las hojas. Al coger la flor temblaba su mano. Sentía un dolor muy agudo en su intercostal izquierdo.

¡María Eugenia! ¡María Eugenia! Acaso en los besos que ofreciera al esposo hubiese el sabor del beso que no gustó él nunca. Luciano no pudo reprimir la literatura que se le escapaba por los lagrimales.

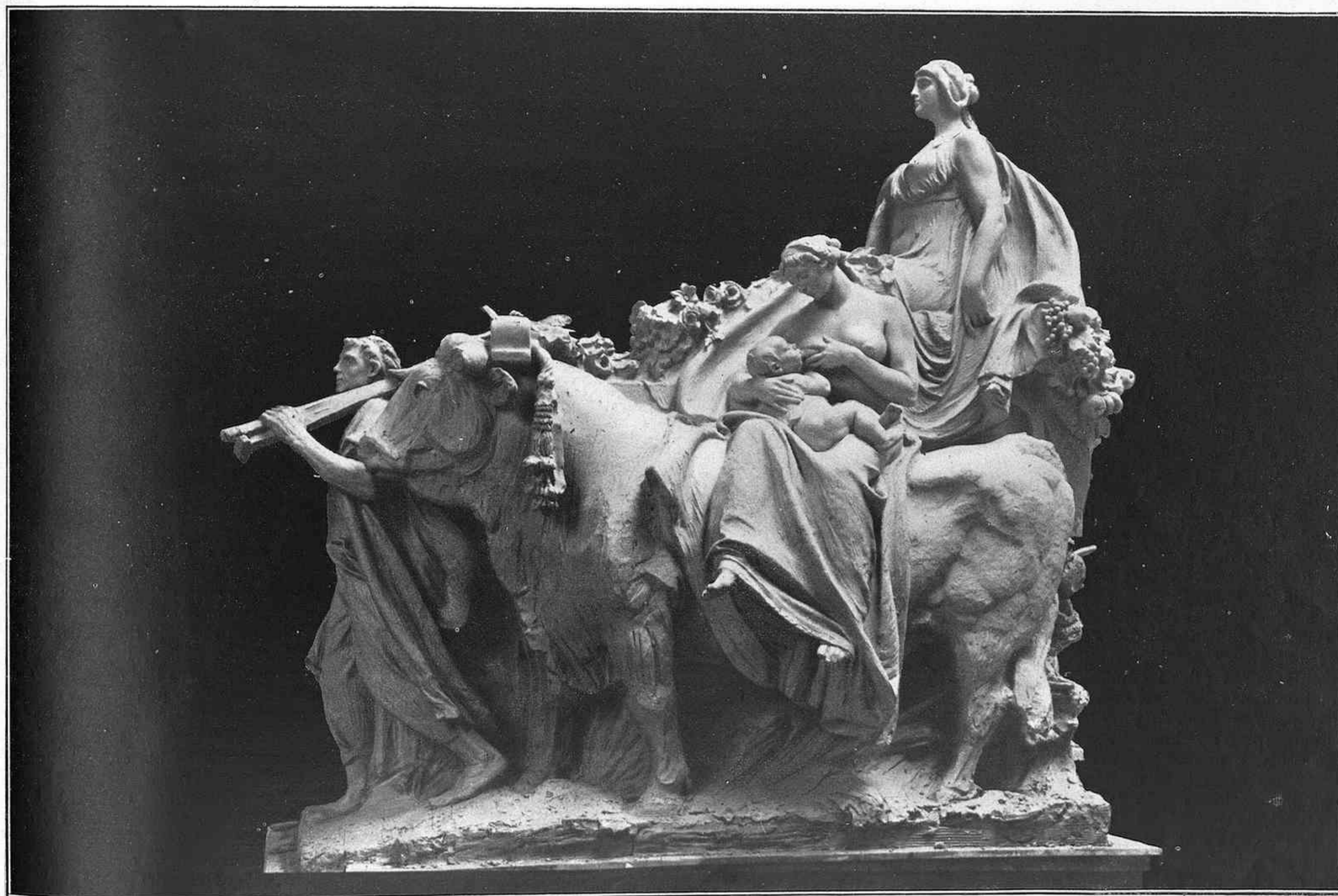
En el parque, un ruiseñor decía su serenata a las estrellas.



Grupo que representa los cuatro fundamentos de la Constitución



Grupo alegórico del Trabajo, visto de frente



Grupo alegórico del Trabajo, visto de costado. (De fotografías de Ricardo del Rivero.)

En el número 1.641 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos cuenta del triunfo obtenido por el ilustre escultor Aniceto Marinas en el refido concurso celebrado para la erección de un monumento a las Cortes de Cádiz, y alabamos como se merecía el proyecto suyo aprobado y del cual reprodujimos los bocetos de conjunto y de algunos de sus detalles. Hoy reproducimos algunas partes del mismo definitivamente ejecutadas que confirman el juicio que entonces nos mereció la obra de Marinas y justifican los elogios que le dedicamos.



El presidente de la República Sr. Poincaré y el generalísimo Joffre en la primera línea del ejército de los aliados. (De fotografía de Branger.)



El tsar Nicolás II de Rusia y el gran duque Nicolás, generalísimo del ejército ruso, durante el viaje que el soberano ha realizado al teatro de la guerra. (Fot. Argus.)

LA GUERRA EUROPEA

El hecho más culminante ocurrido desde nuestra última crónica es la caída de la plaza fuerte de Amberes en poder de los alemanes. Además de la guarnición belga, había en aquella ciudad algunas fuerzas navales inglesas que el Almirantazgo, a solicitud del gobierno de Bélgica, había enviado últimamente y que se componían de una brigada de Marina y dos brigadas navales, formando un total de 8.000 hombres con varios cañones de grueso calibre, a las órdenes del general París. Los sitiados defendieron enérgicamente la línea del río Nethe hasta el día 5, pero el 6 hubieron de retirarse a la línea interna de las fortificaciones, a consecuencia de un formidable ataque alemán protegido por potente artillería; conservaron aquellas posiciones durante los días 7 y 8, mientras la ciudad era bombardeada, y el día 9, ante nuevas embestidas de los sitiadores, hubieron de replegarse. En vista de estas circunstancias, las autoridades belgas e inglesas de Amberes decidieron evacuar la plaza, rindiéndose ésta entonces a los alemanes.

Según la nota oficial comunicada por el Foreign Office de Londres, la defensa pudiera haberse prolongado más tiempo; pero no el suficiente para que se enviasen fuerzas en auxilio de Amberes, sin daño de la principal situación estratégica. Según la propia nota oficial, la retirada del ejército belga se efectuó sin contratiempo; en cuanto a las brigadas navales inglesas, dos de ellas llegaron felizmente a Ostende; pero la mayor parte de la otra, 2.000 hombres entre oficiales y soldados, interceptada por un ataque alemán, hubo de penetrar en territorio holandés deponiendo las armas. También huyó de Amberes gran número de habitantes, refugiándose unos en Holanda y embarcándose otros para Inglaterra. El rey Alberto y la reina marcharon a Ostende.

Los datos contenidos en esta nota no concuerdan con las noticias de procedencia alemana; según éstas, fueron 10.000 ingleses y 26.000 belgas los que pasaron la frontera holandesa y fueron desarmados.

La prensa francesa, aun lamentando, como es na-

tienen repartida su escuadra, y además la neutralidad de Holanda es para los alemanes otro inconveniente para la utilización de la vía marítima.

En cuanto a la impresión producida en Inglaterra, según un telegrama de Londres, puede resumirse diciendo que mientras queden en Inglaterra una libra esterlina y un hombre, serán para impedir que los alemanes conserven Amberes y puedan servirse de ella.

El gobierno belga, considerando que en Bélgica no disfrutaba de la libertad necesaria, pidió hospitalidad a Francia, manifestando deseos de trasladar su residencia a El Havre. El gobierno francés contestó seguidamente que al igual que se confunden en la lucha los ejércitos belga y francés, recibiría de todo corazón al gobierno belga, asegurándole el pleno uso de sus derechos soberanos y el libre cumplimiento de sus deberes gubernamentales.

Al llegar a Dunkerque, el jefe del gobierno de Bélgica telegrafió al presidente de la República que en el momento en que la suerte de los ejércitos le traía al suelo hospitalario de la gran nación amiga, Bélgica y su gobierno ofrecían al jefe del Estado francés el homenaje de sus más respetuosos sentimientos y le rogaban que acogiese benévolamente la expresión de la fe inquebrantable en el triunfo del derecho.

A aquel telegrama contestó el presidente de la República en los términos siguientes:

«Francia acogerá con orgullo en su suelo al gobierno del noble pueblo que defiende con tanto heroísmo su independencia nacional y el derecho público ultrajado. El gobierno de la República no separa la causa de Bélgica de la de Francia; con la certeza de que la victoria final mitigará la prueba pasajera de la cual nuestros países saldrán más estrechamente unidos y más fuertes que nunca.»



La señora Marcherez, que a consecuencia de haber abandonado su puesto el alcalde de Soissons, recibió a los alemanes y dirigió y administró la ciudad durante la ocupación de éstos y sigue aún administrándola actualmente. (De fotografía de Branger tomada en París, adonde fué dicha señora a fin de procurar víveres para los habitantes de la ciudad.)

tural, la caída de Amberes, pone de manifiesto que aquella plaza carece de valor militar para los alemanes, puesto que el acceso al mar es imposible, por ser dueños los ingleses del mar del Norte, en donde

la de Francia; con la certeza de que la victoria final mitigará la prueba pasajera de la cual nuestros países saldrán más estrechamente unidos y más fuertes que nunca.»



La guerra europea. - El general Roques, organizador de la aviación militar francesa, muerto en el campo de batalla. (De fotografía de «Berliner Illustrations-Gesellschaft».)

Con el gobierno belga ha marchado a Dunkerque el Cuerpo Diplomático.

El gobierno francés ha tomado todas las medidas necesarias para la instalación de los ministros belgas en El Havre en las mejores condiciones posibles. El gobierno belga gozará de extraterritorialidad y de los mismos derechos dados a la Santa Sede por Italia, en sus leyes de garantía.

Con posterioridad a la toma de Amberes, los alemanes han ocupado Gante, y en el momento en que escribimos esta crónica están atacando Ostende, ciudad que ha sido abandonada por la mayoría de sus habitantes.

Entre los grabados referentes a la guerra, que publicamos en el presente número, figura el retrato del burgomaestre de Bruselas Adolfo Max, que fué quien parlamentó con los alemanes cuando éstos se aproximaron a aquella ciudad. El Sr. Max se opuso enérgicamente a que el ejército germánico atravesase Bruselas, y al ver que no podía evitarlo, entregó al oficial con quien parlamentaba un telegrama para el emperador Guillermo, diciendo que no podía tolerar que el ejército de un soberano a quien se había festejado en Bruselas entrase en ésta sin autorización de los que administraban la ciudad. Además, a los pocos días de ocupada aquella capital por los alemanes, hizo fijar en las calles de la misma un cartel concebido en los siguientes términos: «El gobernador alemán de la ciudad de Lieja, teniente general von Kolewe, mandó publicar ayer el siguiente aviso:

«A los habitantes de la ciudad de Lieja. El burgomaestre de Bruselas ha hecho saber al comandante alemán que el gobierno francés ha declarado al gobierno belga la imposibilidad de socorrerlo ofensivamente de ningún modo, puesto que él mismo se ve obligado a la defensiva.» Opongo a esta afirmación el más formal mentís. Bruselas 30 de agosto de 1914. - El burgomaestre Adolfo Max.»

Sudeste de Verdún y al Sur de la carretera que va de Verdún a Metz. En el ala derecha las tropas francesas han hecho bastantes progresos.

Respecto de los acontecimientos que se desarrollan en el teatro de la guerra oriental entre rusos, alemanes y austriacos, reinan la misma confusión y la misma dificultad para conocer la verdad que hemos señalado en anteriores crónicas, a consecuencia



Soldados escoceses de paso en París. (De fotografía de Branger.)

Ningún hecho decisivo ni siquiera de verdadera importancia ha ocurrido en el teatro de la guerra francés. El ala izquierda de los aliados ha proseguido un movimiento de avance hacia el Norte y desde Arrás, en donde estaba cuando escribimos nuestra anterior crónica, ha llegado hasta las regiones de Hazebrouch y Bethune. Paralelamente a ella ha ido extendiéndose también el ala derecha alemana. En los extremos de ambas alas se han trabado combates reñidísimos en los que ha representado el principal papel la caballería; pero ninguno de los dos contendientes ha conseguido una victoria decisiva y sí solamente algunos éxitos parciales que cada uno de aquéllos se atribuye. Según dicen las notas oficiales de Burdeos, los franceses han recuperado la mayor parte de las posiciones que habían tenido que ceder y han rechazado vigorosos ataques de los alemanes, quienes se han apoderado de la ciudad de Lila.

En algunos puntos del centro han realizado también los franceses algunos avances, habiendo logrado algunas ventajas en las mesetas de la orilla derecha del Aisne, por debajo de Soissons, y al Este y al

de la contradicción existente entre las noticias de distinta procedencia que de allí se reciben. Veamos lo que dicen unas y otras: los alemanes afirman



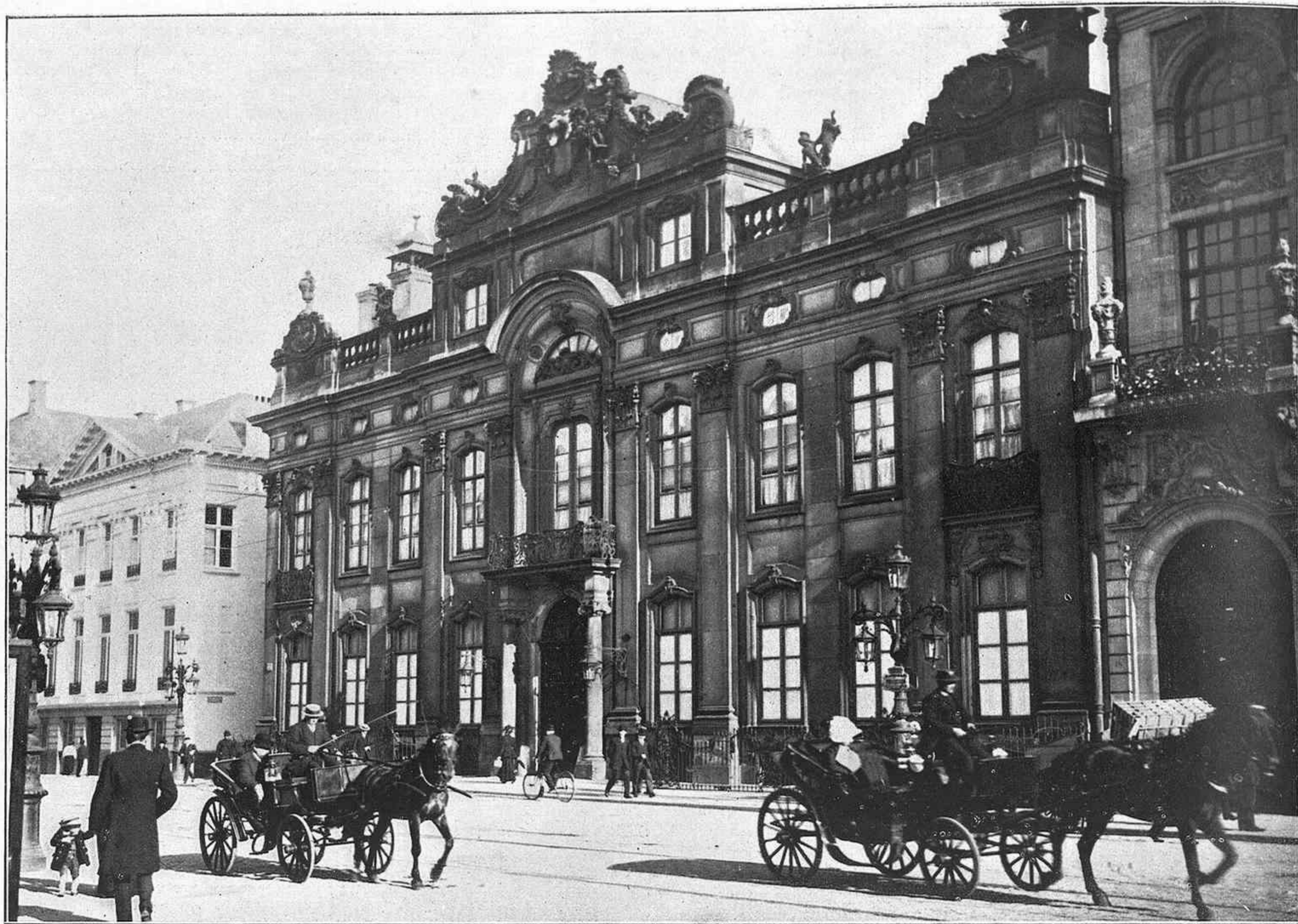
El burgomaestre de Bruselas Adolfo Max, que se portó heroicamente cuando los alemanes ocuparon aquella capital. (De fotografía.)

que en su avance victorioso han pasado el Vístula; que han detenido el avance de las tropas rusas en la provincia de Suwalki (Rusia); que han rechazado un violento ataque de los moscovitas, haciéndoles numerosos prisioneros y cogiéndoles algunas ametralladoras; y que el territorio de la Prusia oriental está completamente libre de enemigos. Y a su vez afirman los rusos que, a pesar de los refuerzos recibidos por los alemanes, los ataques de éstos en la frontera de la Prusia oriental fueron rechazados con grandes pérdidas para los germanos; que han conseguido grandes victorias en la región de Sladislavoff, Virbalen, tomando importantes posiciones al enemigo y causándole considerables pérdidas; y que han continuado la ofensiva en todo el frente con gran energía batiendo a los alemanes en la frontera de la Prusia oriental.

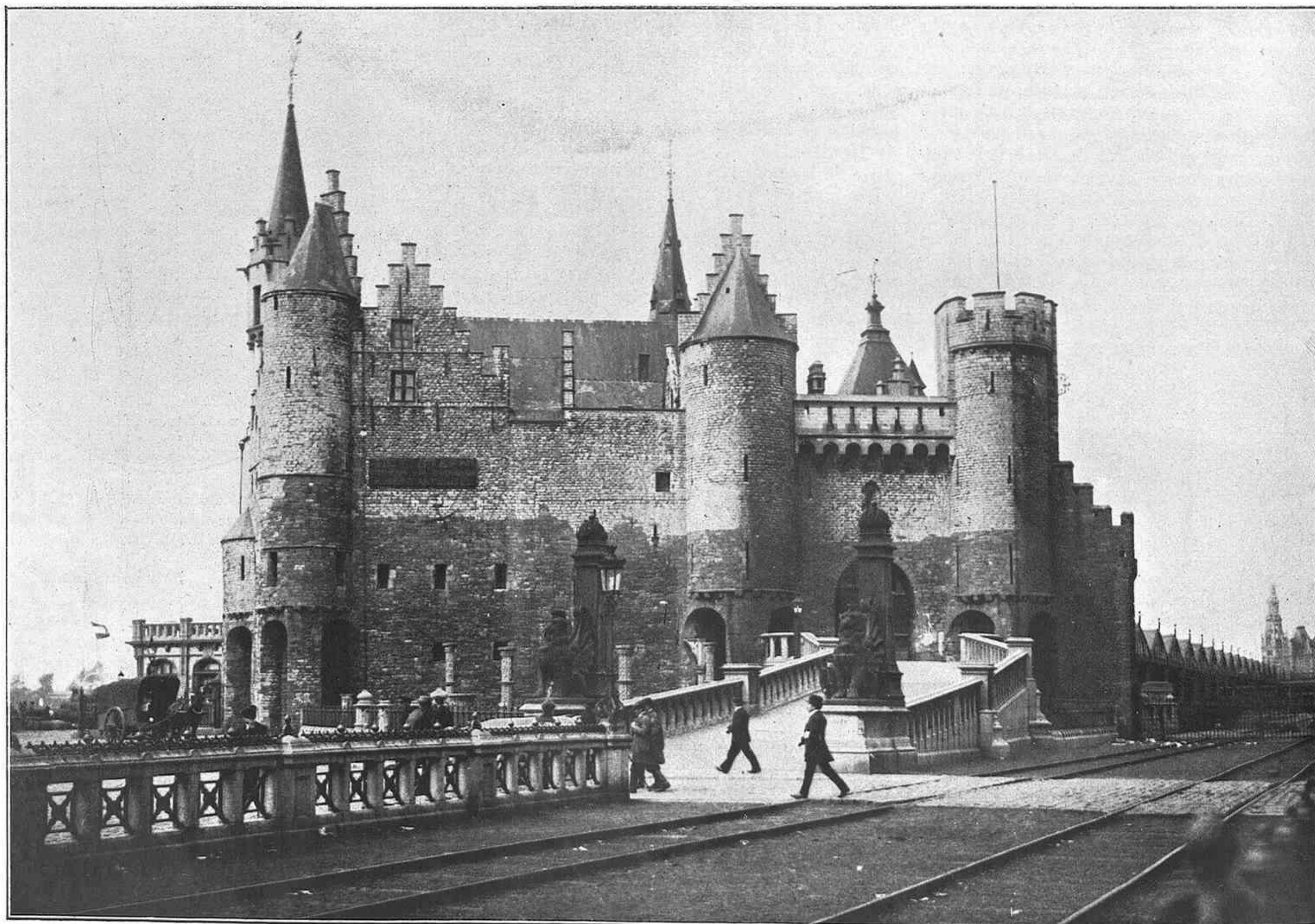
Noticias de procedencia rusa dicen que los ejércitos moscovitas avanzan sobre Cracovia; que se han



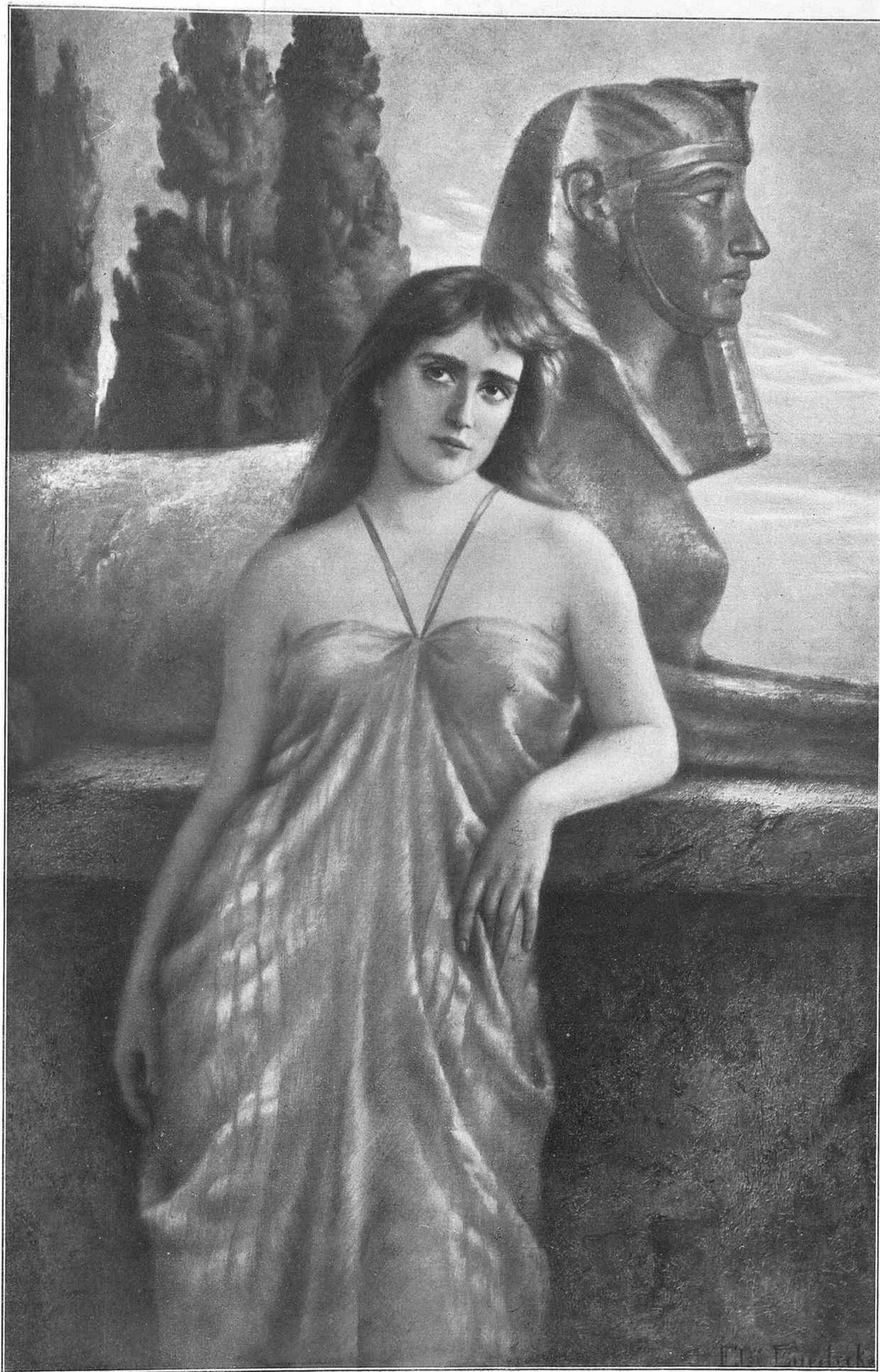
Senlis. - Casa incendiada por los alemanes. (De fotografía de Röl.)



Amberes. - Palacio real en donde ha residido la familia Real de Bélgica durante su estancia en aquella ciudad, hasta que ésta ha sido tomada por los alemanes



Amberes. - Vista del Museo de Steen, uno de los más notables de Europa



EL ENIGMA DE LA VIDA, cuadro de E. Ludecke

(Reproducción autorizada por la Unión Fotográfica de Múnich.)



La guerra europea. En Berlín. - Distribución de zapatos entre los niños pobres

apoderado de dos poblaciones húngaras después de haber aniquilado un cuerpo de ejército austriaco; que prosigue el bombardeo de Przemysls habiendo quedado destruidos varios fuertes y otras obras de defensa; y que 200.000 rusos han pasado los Cárpatos y avanzan sobre Budapest. En cambio, según noticias de procedencia austriaca, los rusos han sido derrotados en Przemysls con grandes pérdidas; lo han sido también cerca de la confluencia de los ríos San y Vístula; y varias columnas rusas que habían penetrado en los Cárpatos han sido rechazadas con enormes pérdidas (en un solo combate tuvieron ocho mil muertos), estando ahora todos los desfiladeros de aquellos montes en poder del ejército austriaco, que ha tomado la ofensiva.

El Estado Mayor ruso ha publicado una nota oficial, en la que se recuerda que las noticias que circularon a raíz de las últimas batallas de la Galitzia dieron lugar a que la opinión se entregase a un franco optimismo y a que se creyese que el ejército austriaco quedaba completamente destruido. Añade que no conviene que se lleve a la opinión a tales arrebatos de entusiasmo, y que si bien es indudable la importancia de las referidas batallas, es menester que en adelante se sigan con el mayor secreto todos los movimientos del ejército ruso, haciendo lo mismo incluso con los éxitos que alcance a fin de no despertar en la masa del país más entusiasmos que los debidos.

No se ha confirmado la noticia que dimos en nuestra última crónica de que el tsar de Rusia había establecido su cuartel general en Bielostock. El soberano moscovita ha regresado a Petrogrado después de haber recorrido el campo de operaciones y visitado los heridos que se encuentran en los hospitales de Vilna y Rovno.

Los serbios dicen haber franqueado el Save y aniquilado los destacamentos austriacos. Los montenegrinos prosiguen su avance sobre Saraievo, habiendo derrotado a 10.000 austriacos. En cambio los austriacos afirman que progresa

paulatinamente su avance en Servia y que han rechazado en varios combates a fuerzas montenegrinas que avanzaban hacia Seraievo y que han tenido que replegarse en parte hacia la frontera servia y en parte hacia la montenegrina.

En el Extremo Oriente, según noticias de origen alemán, los japoneses intentaron el asalto contra Tsing-Tao; pero fueron rechazados con muchas pérdidas, habiendo suspendido después el ataque en espera de refuerzos para secundarlo.

Los japoneses se han apoderado de la isla de Yap, posesión alemana en el Archipiélago de las Carolinas.

En el Báltico unos submarinos alemanes atacaron a los cruceros rusos *Bayan* y *Pallada*, echando a pique a este último, que era un buque de 7.877 toneladas construido en 1905.

Sobre París han volado, en distintos días, varios aeroplanos alemanes que han lanzado bombas, causando algunos muertos y heridos y ocasionando desperfectos en algunos edificios, entre ellos la iglesia de Nuestra Señora.

El importante diario londinense *The Times* ha publicado recientemente un interesante artículo, del que entresacamos los siguientes párrafos, acerca de las intenciones de Inglaterra respecto de la duración de la guerra actual:

«Un periódico alemán preguntaba hace poco si queremos hacer la guerra durante veinte



En Bélgica. - Un corresponsal de la guerra alemán socorriendo a mujeres belgas desamparadas. (De fotografías de «Berliner Illustrations-Gesellschaft».)

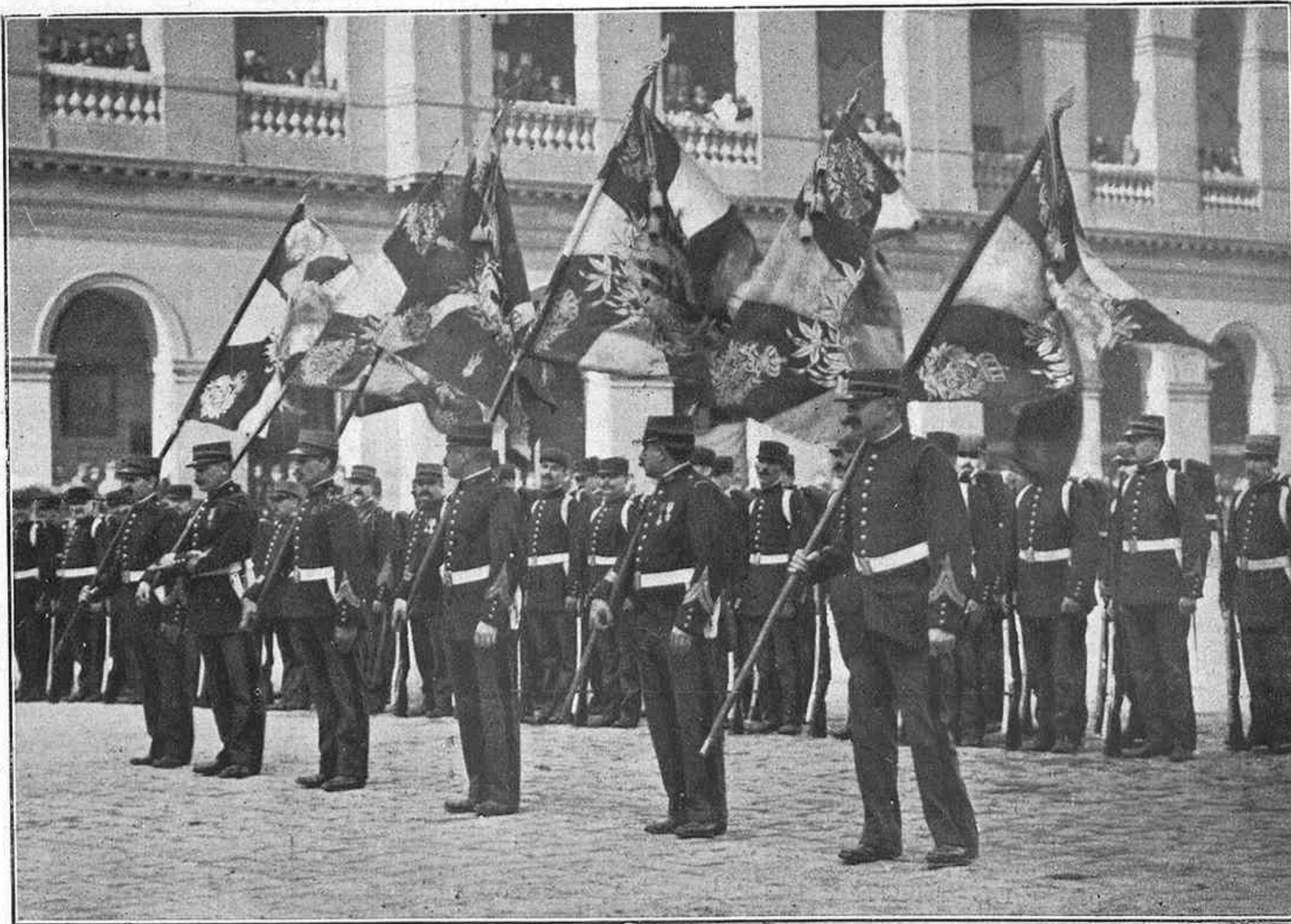
años. Sí; veinte años y muchos más, si es necesario. No desarmaremos, en tanto que los alemanes ocupen Bélgica. Nuestro Imperio tiene 400 millones de hombres, y con los 200 millones de nuestros aliados iremos hasta el fin de la guerra. Cuanto más tiempo dure ésta, tanto más fuertes seremos y tanto más débiles serán los alemanes.

«Este año pondremos en línea un millón de soldados que tenemos ya; el año próximo, dos millones; en 1916, tres millones, y siempre así, hasta que el enemigo acepte nuestras condiciones.

«No estamos tan locos que aceptemos la paz en forma que permitiera a Prusia entrar en acción más tarde, cuando se presentase una ocasión favorable para sus ejércitos.

«Nunca ha habido países más indisolublemente unidos que lo están Francia, Inglaterra, Rusia y Bélgica, para poner a Alemania en situación de que no pueda causar más daño.»

Respecto de las posibles condiciones de paz, dicese que el almirante inglés Sir Carlos Beresford ha manifestado que el canal de Kiel será devuelto a Dinamarca, y la Alsacia y la Lorena a Francia; las fortalezas de Alemania y las fábricas Krupp serán destruidas y la escuadra alemana echada a pique.



La guerra europea. En París. - Acto solemne de depositar en los Inválidos las banderas alemanas tomadas por los franceses en los últimos combates. (De fotografía de Branger.)

En la embocadura del río Ems ha sido echado a pique por un submarino inglés un destructor alemán.

la Alsacia y la Lorena a Francia; las fortalezas de Alemania y las fábricas Krupp serán destruidas y la escuadra alemana echada a pique.

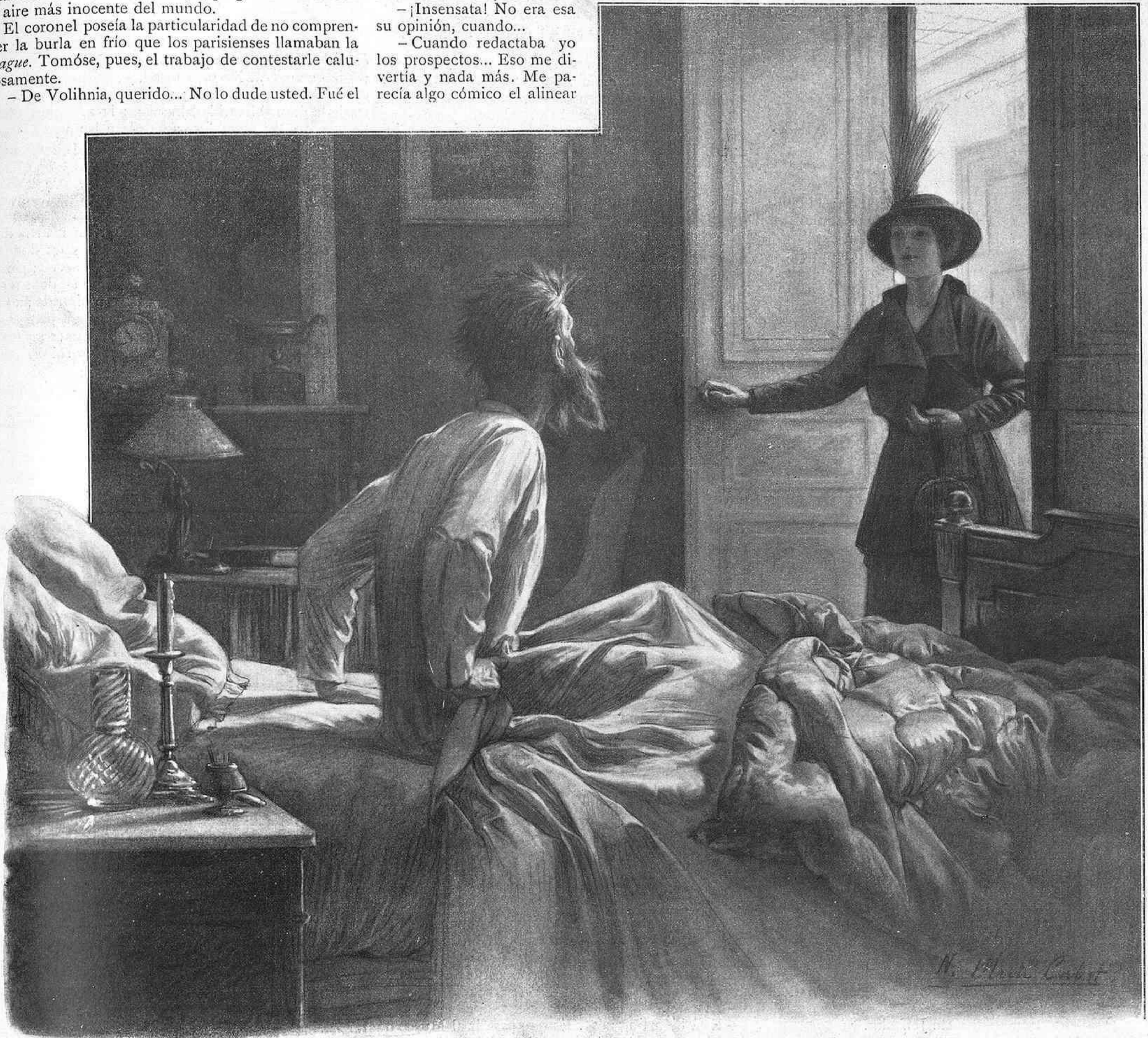
POR CASAR A SU HIJA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE N. MARTÍ CABOT. (CONTINUACIÓN.)

- ¿De modo que el auroch?..
 - Los dos aurochs han muerto, macho y hembra, repuso con aire lastimoso Boleslao.
 - ¿Los dos que hizo usted venir de Volihnia? ¿Venían de Volihnia o de Poissy?, preguntó Ratier con el aire más inocente del mundo.
 El coronel poseía la particularidad de no comprender la burla en frío que los parisienses llamaban la *blague*. Tomóse, pues, el trabajo de contestarle calurosamente.
 - De Volihnia, querido... No lo dude usted. Fué el

- Inconsolables por su pérdida le han seguido a la tumba, dijo Ratier, por lo cual el negocio se ha ido abajo. Lo que no me explico es cómo ha podido usted encontrar accionistas para esa insensata empresa.
 - ¡Insensata! No era esa su opinión, cuando...
 - Cuando redactaba yo los prospectos... Eso me divertía y nada más. Me parecía algo cómico el alinear

Existen en todas las grandes ciudades, y a veces hasta en las pequeñas, gentes demasiado candorosas o demasiado astutas y ladinas, según el punto de vis-



A su aparición Boleslao se echó hacia atrás y no queriendo dar crédito a sus ojos...

guarda de un coto, antiguo servidor de mi madre, y que había conservado intacto el cariño a nuestra familia, el que dejó escapar para mí, fuera de los bosques del patrimonio real de Rusia, a esos ejemplares incomparables y únicos.

- ¿Y los trajo usted a Francia?
 - No, se quedaron en Lituania, en casa de un pariente mío.

Ratier hizo una mueca.
 - ¿Y la primogenitura que debía poco a poco repoblar los cotos de caza de Europa?

- Eso es precisamente lo que me tiene tan apenado, amigo mío, gimió el coronel, el pequeño aurochs nacido...

- ¿En el corral?
 - Sí, en el corral, es decir, no..., en fin, el pequeño aurochs murió antes de haber cumplido un año y los padres...

frases dignas de un orador, sin importárseme nada lo que había de cierto en el fondo. ¿Cómo no ha ido usted a buscar a Poissy un suplente al pequeño aurochs, sacrificado por la hoz homicida del tiempo?

- ¿Poissy? ¿Por qué habla usted de Poissy?
 - Del mercado de becerros, respondió Ratier. Pero ya hemos llegado, coronel, hágame usted el favor de bajar.

A causa de las indirectas y de las continuas interrupciones de su amigo, las ideas del coronel se habían embrollado, así es que no estaba muy seguro de lo que había ido a hacer allí. Ratier volvió a la realidad poniéndole en la mano el pañuelo lleno de bolivianas.

- Vaya usted, le dijo, y pruebe fortuna.
 - ¿Yo? ¿Y por qué no va usted?
 - ¡Usted! ¡Yo no!, repuso Ratier. Ese caballero no me prestaría a mí ni un luis. ¡Me conoce!

ta; pero en ambos casos en extremo especuladoras; en lugar de hacerle producir a su dinero el cinco por ciento, como todo el mundo, prestan al quince por ciento sumas pequeñas sobre títulos dudosos que con mucha frecuencia se quedan en su poder, a causa del súbito eclipse de su legítimo poseedor.

De todos esos títulos la mayoría no valen nada; en este caso el prestamista ha hecho un mal negocio, lo que no es raro; pero sucede que ciertos valores que no se cotizan en la Bolsa y que se dejan en sus manos como garantía, experimentan, de repente, una subida inesperada, logran la cotización y se ponen en las nubes. Entonces el afortunado prestamista que ha tenido buen cuidado de ponerse en regla con su mísero cliente, hace un negocio magnífico y cobra cincuenta veces la cantidad desembolsada. Este juego arruina a algunos, pero a otros los enriquece.

La moralidad no tiene nada que ver con esto. Es cuestión de suerte.

El sujeto a quien Ratier presentó a sus amigos era de una corrección perfecta en su traje y en sus maneras friamente corteses; tomó el legajo de bolivianas, examinólas con mucha atención, con un desdén exento de disimulo, volvió a colocarlas en el malhadado pañuelo que les daba un aspecto poco heroico y volvió a anudarlo por las cuatro puntas. Esta operación tiene por móvil llevar la muerte al alma del desventurado poseedor de aquellos papeles desmontizados, fuera de circulación y por lo tanto insólitos.

— Eso no vale nada, profirió el comerciante de dinero, sacudiendo cuidadosamente una partícula de polvo que le había caído en la solapa de la americana.

El coronel, lívido, aterrado, volvióse instintivamente hacia Ratier; éste, tranquilo como el destino, miraba por la ventana; Josia, más lívido aun que su jefe, posaba sus ojos desencajados más de la cuenta tan pronto en él, como en el árbitro de su suerte.

Al ver aquello Boleslao hizo un intento desesperado.

— ¿Cuánto me prestaría usted por ellas?, dijo con una voz tan ronca que parecía natural.

El prestamista miróle con cierta deferencia; el hombre capaz de responder tan valerosamente a una negación tan rotunda con una afirmación tan explícita debía ser muy fuerte; y entonces habló él también:

— ¿Cuánto le hace falta a usted?

— Tres mil francos, dijo el coronel con mucho arrojo; después de los primeros tiroteos recobraba todas sus ventajas de hombre de mundo y de director de Compañías por acciones y ducho en todas las especulaciones.

El usurero hizo un gesto negativo y sacudióse con los dedos la otra solapa de su americana, donde no había ni una partícula de polvo ni una condecoración extranjera.

— He dicho tres mil, no dos mil, fijese usted bien. Es la primera vez que entramos en relaciones, pero si llegamos a entendernos, podremos arreglarnos... O quiero tres mil o no quiero nada.

El coronel cogió con las yemas de los dedos el nudo del pañuelo que contenía los sesenta mil francos perdidos, e hizo ademán de marcharse.

— Hace usted mal, Jeffsohn, dijo Ratier afianzándose el sombrero en la cabeza; le he dado a usted a ganar bastante dinero para que trate así a uno de mis amigos. No le traeré a usted ninguno más, y no serán ni ellos ni yo los que perdamos.

Y puso su mano en la manilla de la puerta; el usurero dejó caer entonces de sus labios impasibles:

— Doscientos francos.

— No está bien que se burle usted así de nosotros Jeffsohn. Yo creía que con mi trato había usted aprendido modales más finos.

— ¿Cree usted que esos papeles valen algo?, preguntóle Jeffsohn algo desconcertado por el aplomo de Ratier.

— ¡Ya lo creo! ¡Sesenta mil francos! Al menos, añadió mentalmente, eso es lo que me han costado. Vámonos, coronel, dijo en alta voz, conozco a otro que no hará tantos repulgos; no tenemos prisa.

El coronel, maquinalmente, sacó su reloj. ¡Vaya un hermoso reloj! Jeffsohn se quedó estupefacto al verlo; el reloj era magnífico y de repetición, pues dió precisamente las dos y media en el momento en que Boleslao tocó el resorte.

— ¿Quieren ustedes quinientos francos?, dijo con algo más de cortesía; es mi última palabra.

— Vámonos, coronel, dijo Ratier cogiéndole del brazo.

— ¡Mil!, dijo tranquilamente Jeffsohn.

Ratier se detuvo.

— Vengan, le dijo.

La llave rechinó en la cerradura de la caja de caudales del prestamista; el rostro de Josia se puso purpúreo, el coronel reprimió un estremecimiento de alegría y Ratier avanzó hacia la mesa escritorio de donde cogió una hoja de papel sellado.

— Soy yo el que va a redactar las condiciones, dijo con mucho aplomo. No tema usted, Jeffsohn, tengo mucha práctica. ¡No he hecho pocos papeluchos por el estilo! Siempre me ha gustado mucho la literatura.

Jeffsohn leyó y releó el documento, puso un punto sobre una i, un tilde a una t, imprimió mayor elegancia a la abertura de una l, y después presentóselo al coronel, acompañado de una pluma.

— ¡Firme usted!, profirió Ratier.

El coronel vacilaba.

— Pero esos títulos..., exclamó.

— ¡Firme usted le digo!, repitió su amigo; esos títulos están en buenas manos.

El coronel echó dos firmas, lanzando un gran suspiro. Había en él pena y sentimiento al evocar sus pasados días de esplendor; admiración y gratitud hacia Ratier, el amargo júbilo del sacrificio en aras de Madama Slavsky, una especie de falsa vergüenza en reconocerse, como dueño de una cosa que no le pertenecía y otros mil sentimientos muy vagos y muy diversos.

Mientras que Jeffsohn fumaba, Josia a espaldas del coronel oprimió la mano que Ratier dejaba colgar a su lado. Este volviéndose, a medias, vió la mirada húmeda del excelente secretario y su rostro radiante de gratitud.

— La dicha de usted es mi recompensa, le dijo enfáticamente Ratier en el pabellón de la oreja, cuando la puerta de Jeffsohn se hubo cerrado tras ellos.

El coronel se detuvo en un escalón para dar las gracias a su protector.

— Sin usted seríamos muy desdichados, dijo, es usted un verdadero amigo, Ratier; tenga usted la seguridad de que... ¿Pero no me había dicho usted que esos títulos no tenían ningún valor?

— Yo lo creía así, pero Jeffsohn me haría creer lo contrario; uno de los dos se engaña y yo desearía que fuera él.

— ¿Por qué?

— Porque no sentiría que se llevase un chasco, dijo desconsideradamente el parisiense.

El coronel se irguió de toda su estatura; jamás se hizo tan visible su armazón de alambre.

— Amigo mío, lo que acaba usted de decir es muy ofensivo para mí..., se verá usted en posesión de sus títulos a la mayor brevedad posible.

— No hablemos de eso, coronel, me echaría a perder el gusto que experimento al hacerle un favor la idea de que no perjudicaba al mismo tiempo a ese bribón.

Los tres estaban en la acera delante del coche.

Josia avanzó unos cuantos pasos y empujó hacia el arroyo una piel de naranja que estaba en el suelo.

— ¡He aquí al caballero de la Piel que vuelve a emprender sus hazañas!, exclamó Ratier. Vamos a ver, Josia, ¿quiere usted decirme, por qué no puede usted ver una corteza amarilla sin perseguirla como a un excomulgado? ¿Es un misterio, un voto quizás, o es el color amarillo el que le enfurece y provoca sus apetitos destructores? Confíese usted, amigo, confíese.

Josia, rojo como una peonía, guardó el más profundo silencio.

— ¿Adónde vamos?, preguntó el coronel; aun nos falta mucho dinero.

— Ayer llegó uno de los amigos de usted al hotel del Louvre. Debe de tener dinero; vamos a pedirselo.

— ¿Quién es?

— Fiacre de Remise (1).

— ¿Fiacre de Remise?

— Sí, una cosa parecida. Los nombres rusos son muy difíciles para mí y salgo de apuros como puedo.

— Debe de ser Piotre Remisof, insinuó Josia sacando fuerzas de flaqueza para ayudar a su prójimo.

— Pedro Remisof, dijo el coronel encantado. ¡Perfectamente! ¡Perfectamente! ¿Conque Remisof está aquí? Es, en efecto, un joven encantador... Le conocí muy niño... Su padre era uno de mis mejores amigos.

— ¡Cochero, al Louvre!, dijo Ratier con el aire de un vencedor.

— ¿A los almacenes o al Museo?, preguntó el autómata, haciendo ese movimiento peculiar con las espaldas, sin el cual un cochero no puede echar a andar su carruaje y que según nuestra opinión no sirve para nada.

— Al hotel.

— Está bien, burgués... Es que para ir al Museo o a los almacenes hay que pagar por adelantado a causa de las muchas puertas... Pero para ir al hotel no hace falta... Arre...

Apenas habíase cerrado la portezuela tras Ratier, cuando éste interpeló enérgicamente a Josia.

— Aun no me ha dicho usted, joven secretario, por qué le tiene usted tanta tirria a las pieles de naranja; hace usted muy mal, pues hasta ahora las infelices no le han causado ningún daño... ¡Ah!, Josia, amigo mío, yo creía que era usted más blando de carácter.

— Josia tiene razón, dijo el coronel, saliendo de una especie de ensueño en el que había entrevistado a Pedro Remisof forrado de oro y envuelto en billetes de banco; las cáscaras de naranja son muy peligrosas en las calles; me acuerdo el año pasado, cuando estubo en París la señorita Slavsky, estuvo a punto de torcerse un pie, al ir a subir al coche, por haber resbalado con un pedacito de piel de naranja.

(1) Coche de alquiler.

— ¡Ah!., ¿la encantadora niña?.. ¡Hubiera sido una lástima! ¿Y desde entonces, Josia, el perfecto secretario, le declara guerra a muerte a todas las cáscaras que encuentra? ¡Ah! ¡hace usted muy bien, Josia, amigo mío! En cuanto bajemos del coche le estrecharé a usted contra mi corazón, porque aquí no hay espacio. Pero dígame usted, ¿de qué puede aprovecharle a la señorita Slavsky, que está en Mónaco, el que usted, aquí en París, aparte las pieles de naranja del paso de los demás?

— Es porque pienso, balbuceó José, que quizás allí también alguno, que tenga amigos en París, impulsado por el mismo pensamiento que yo, le presente sin conocerla el mismo servicio.

— ¡Ah!, ¡bravo!, ¡bravo!, exclamó Ratier acometido de un gran acceso de risa; ahora me lo explico, los caracoles simpáticos, el magnetismo natural o artificial, la doble vista, el sonambulismo, la comunicación de los corazones por el hilo eléctrico; tic tac, al mismo compás... No crea usted, Josia, que en el fondo su idea sea tan necia; viene a confirmar al contrario la gran solidaridad humana; la sociedad protectora de los animales, aplicada a las verdaderas personas, diría yo, si no temiese faltar al respeto a la señorita Slavsky.

Por fortuna el coche se detuvo.

Pedro Remisof estaba en su casa; ocupaba en el segundo piso un lindo y pequeño departamento, compuesto de un dormitorio, un salón y un cuarto de toilette que le costaba un ojo de la cara y en donde no entraba más que el camarero que le servía; pero como profesaba el principio de que uno se debe respetar a sí propio, se hubiese guardado bien de subir un piso más. Si no habitaba el primero era para evitar las burlas de sus amigos; pero en cuanto se casara nadie le haría pasar más allá de los salones de honor.

— ¿No viene usted?, dijo el coronel volviéndose hacia Ratier.

— No, gracias, esos asuntos se despachan mejor sin testigos; voy a confesar a Josia.

El coronel hacíase el sordo siempre que se le hablaba de su secretario; así es que dirigióse en seguida al hotel subiendo sin precipitación los pocos escalones que llevaban al vestíbulo. Viósele desaparecer por la gran puerta de cristales y sus dos amigos, al quedarse solos, se sentaron a esperarle en dos sillas.

— La quiere usted mucho, ¿no es eso, Josia?, dijo Ratier confidencialmente.

Josia estremeciéndose como un caballo a un espolazo, pero permaneció silencioso.

— Sí, ya veo que la quiere usted y tiene usted mucha razón. ¡Dios mío! ¡es tan bonita y tan seductora y tan espiritual!.. ¡Ah! sí...

Ratier se mordió el bigote, ahogó un suspiro y empezó a hacer girar una silla que estaba al alcance de su mano sobre las patas traseras.

— ¿Por qué dice usted que tengo razón?, preguntó Josia entregando aturdidamente su secreto a su pasado e importuno compañero.

— Porque lo merece, ¡caramba!, porque lo merece, a pesar de lo mal educada que está y de lo insoponible, fantástica y casi inmoral que es la pobre muchacha. No tiene ella la culpa, sino la gente que frecuenta y el ambiente en que vive.

— ¡No sé cómo dice eso!, prorrumpió indignado Josia; las señoras Slavsky se tratan con la mejor sociedad.

— Sí, sí, estamos de acuerdo con la mejor sociedad en su género. ¡Ah! la pobre muchacha sin su madre...

— Sería digna de lástima, afirmó Josia.

Ratier se le quedó mirando, desplegó los labios, encogióse de hombros y volvió otra vez a hacer girar la silla.

— Con el padre que tiene no hubiese visto más que malos ejemplos, mientras que con...

— Una madre como la suya, repuso Ratier en tono irónico, es muy diferente.

— ¡Ya lo creo!, repuso Josia hablando siempre de buena fe, ese padre divorciado que le tasa avaramente el dinero...

— Pero ¿es que en el país de ustedes el divorcio no es efectivo más que para uno de los esposos?, preguntó inocentemente el francés.

— Para los dos, naturalmente.

— ¿Entonces Madama Slavsky está también divorciada?

— Sí, repuso benévola Josia, que no supo comprender nunca una frase irónica.

— Eso es lo que yo quería saber... Al menos no será tacaña.

— ¿Quién, ella? Al contrario, le gusta mucho vivir a lo grande. No es poca fortuna para ella, Ratier, el tener un amigo como el coronel, un amigo leal y sincero que está siempre pronto a sacrificarse por ella.

— Tampoco es floja fortuna la del coronel al tener una amiga que le proporciona tantas ocasiones de sacrificarse por ella.

— Es cierto, respondió Josia, suspirando y quedándose callado después.

«Este pobre muchacho, pensó para sí Ratier, me produce el efecto de un pez encarnado dentro de un acuario de salón, que no ve más allá de su cárcel de cristal; ya pueden ser transparentes las paredes, él vive siempre muy ajeno de todo lo que pasa a su alrededor.»

— ¿Sabe usted si esas damas van a venir a París?, continuó diciendo en voz alta.

— No lo sé, suspiró el secretario.

— ¡No estaría mal que vinieran!

Josia esbozó una sonrisa angelical, a pesar de la mala dentadura que dejaba entrever. Así debían sonreír los mártires; se entiende, los de la buena época antigua.

— Ahora que se ha deshecho el matrimonio, dijo Ratier impulsado por su temperamento burlón, ¿por qué no la pretende usted?

Una mirada recriminatoria fulguró entre los párpados bajos de Josia que fué a clavarse a Ratier, que no era malo, en pleno corazón, y apoderándose de la mano del joven, la estrechó con tanta fuerza que se la magulló, retúvola un instante entre la suya y la dejó caer después diciendo en voz baja.

— Soy un imbécil y le pido a usted perdón. Hay cosas con las cuales no debe uno chancearse; pero no soy más que un chiquillo..., no le atormentaré a usted más..., al menos intencionadamente, añadió sonriéndose, pues no puedo dominarme... Tiene usted un corazón excelente, Josia, y yo soy su amigo verdadero.

Josia, que no era rencoroso, contestóle con una mirada de agradecimiento.

— Es que me ha sorprendido usted a traición, dijo tras una breve pausa, yo no soy malicioso y estoy convencido de ser muy tonto; mas nunca le hubiese hablado de..., usted ha sido el que me ha impelido a ello. Pero le ruego que no piense usted mal de Madama Slavsky; es una señora tan buena y tan admirable y yo siento por ella tanto cariño y tanto respeto, que la venero.

— ¡Ah!, usted posee muy desarrollado el órgano de la veneración..., afirmó Ratier, muy bien, no hablemos de ello... Pero entonces ¿de qué quiere usted que hablemos?

— De usted, dijo Josia con aire satisfecho; ¡de sus proyectos, de sus viajes! ¡Son tan interesantes!

— Usted también ha viajado; ha visto todo lo que yo he visto...

— Pero yo no soy interesante.

— ¿Por qué no, joven inocente?

— Porque yo no sé observar; yo pienso siempre en los negocios, ya usted lo sabe. El coronel ha tenido que pasar por pruebas muy rudas y yo soy el que llevo los libros; hace cuatro años que casi no he hecho otra cosa que comprobar cifras...

— Para venir a parar siempre al déficit, dijo Ratier riéndose. ¡Ah!, déjeme usted que me ría, amigo mío, yo no tengo desarrollado como usted el órgano de la veneración... En fin, todo marcha bien, cuando termina bien, ¿no es eso? No se muere más que una vez; no hay pues motivo de quejarse. Tome usted, mi otro yo, fumemos un cigarrillo.

CAPÍTULO III

Durante esta conversación el coronel había entrado en las habitaciones de Remisof, a quien encontró a punto de descabezar un sueño sobre el mejor canapé de su hermoso departamento...

Despertándose sobresaltado, Remisof frotóse los ojos, convenciéndose de que era en su puerta a donde llamaban y murmurando en ruso «Que el diablo se lleve al importuno!», se decidió a abrir.

— ¡Hijo mío!, exclamó el coronel tendiéndole los brazos.

Pedro Remisof, que estaba aún medio dormido, dejó abrazarse tres veces a la moda rusa, sin salir por eso de su mal humor.

— ¿Cómo ha sabido usted que estaba yo en París?, preguntó con el entrecejo fruncido; yo quería estar aquí algunos días de incógnito.

— Ratier me ha anunciado tu llegada.

Remisof murmuró entre dientes unas cuantas palabras dirigidas a Ratier. Quizás fuesen alguna bendición.

— Siéntese usted, coronel, le dijo con el menor agrado posible.

Boleslao se sentó y puso su sombrero sobre el primer mueble que vió a su alcance, con una desenvoltura y una tranquilidad muy grandes.

La acogida de Remisof que hubiese desconcerta-

do a otro que no fuese el coronel, inspiróle una singular tenacidad; el olor de la pólvora excitábale como a un buen corcel de batalla.

Había entrado allí pesados por tener que pedir un favor a un hombre más joven que él, a un botarate que podía rehusárselo y dejarle marchar con la humillación de la negativa. Pero desde el momento en que se encontraba ante una evidente mala voluntad, el amor de lucha ahogó todos sus escrúpulos; y el hombre intrigante, gastado a más, no poder por una vida aventurera, irguióse con arrogancia, y rejuvenecido en unos quince años, se dispuso a salir airoso de aquella situación.

— ¿Vienes del Norte o del Mediodía?, preguntó con una sonrisa paternal.

— Del Mediodía, contestó Remisof ásperamente. ¿De dónde quiere usted que se venga a París en el mes de abril, sino de los países cálidos?

— También se puede venir de los países fríos, pues el general Tommé llegó ayer de San Petersburgo, en donde vió antes de partir a tu encantadora hermana la condesa Morof.

— Hace ocho días que me escribí, repuso Remisof ahogando un bostezo.

— ¿Has pasado por Niza?

— No, desembarqué en Marsella.

— Entonces casi no has podido ver a las señoras Slavsky.

— No... se... se..., tartamudeó Remisof estirándose en su silla.

Boleslao se resolvió a dar un gran golpe de audacia.

— He venido a verte porque te tengo mucho cariño y porque también tengo que pedirte un favor.

Remisof se inmutó, pero Boleslao no hizo caso.

— Necesito que me prestes dinero, no te lo ocultó. Voy a exponerte la situación. Un amigo mío se encuentra en un grave apuro y me ruega que acuda yo inmediatamente en su auxilio; he reunido cuanto poseo pero no he podido llegar a la suma que necesita. Tu, hijo mío, eres rico a Dios gracias y vas a ayudarme a sacar de penas a una criatura de Dios.

Remisof sacó un pañuelo de seda perfumado del bolsillo lateral de su americana, lo agitó bajo su nariz, volvió a ponerlo en su sitio, teniendo buen cuidado de que asomara la punta en que estaban marcadas sus iniciales lo menos una pulgada y media, y no desplegó los labios.

— ¿Qué me contestas?, dijo el coronel animándole con el tono de la voz.

— Es que, coronel, balbuceó el infortunado, tengo poco dinero.

— ¡No te chanches! ¿Tú, un nabab?

— ¡Palabra de honor! Vengo de Nápoles.

— ¿Y has hecho allí muchas locuras, bribón?

El coronel se mostraba tan animoso que Remisof no pudo por menos de sonreír.

— Algunas, dijo en un tono que hemos convenido en llamar modesto y que es el colmo de la fatuidad.

Boleslao, que se había levantado, le dió dos o tres golpecitos en los hombros. Remisof sacó su pañuelo por segunda vez; luego acordándose que acababa de enseñarlo se apresuró a meterlo en el bolsillito, haciendo como antes que se vieran bien las iniciales.

— ¡Bah!, repuso el coronel, no te habrás arruinado por eso; algo debe de quedarte.

— ¡Palabra de honor que no! Estoy esperando dinero que ha de llegarme uno de estos días, pero el imbécil de mi intendente se retrasa. Ya debía haberlo recibido, pero esos bribones...

Y terminó su frase frunciendo el entrecejo.

— ¿Cuánto tienes?, preguntó bruscamente el coronel.

— Casi nada; mil doscientos o mil quinientos francos.

— Con eso tengo bastante, dijo Boleslao muy serio. Te lo agradezco mucho, amigo mío; no tardaré en devolvértelos dentro de veinticuatro horas, todo lo más.

— Pero yo no puedo quedarme sin un sueldo.

— ¿No tienes cama y mesa? Mira, no hagas que te estire las orejas.

— Le voy a dar a usted quinientos francos..., pero por veinticuatro horas nada más.

Remisof se dirigió hacia su cofrecillo de viaje; ¡estaba perdido! En el momento en que cogía el fajo de billetes de Banco que representaban la moneda menuda de su reciente viaje, Boleslao se lo arrebató de las manos.

— Dos, cuatro, ocho, dijo, aquí tienes ochocientos francos... ¿es esto todo?

— No, replicó Remisof sin desconfianza, también tengo un paquetito de oro...

Abrió un paquete de tafilete rojo e hizo saltar en su mano las piezas de oro, que produjeron un delicioso tintineo.

— ¿Cuánto hay?

— Quinientos sesenta francos.

— Que forman un total de mil trescientos sesenta francos... Bien; trataré de salir del paso con esto, dijo el coronel.

Al cerrar Remisof el paquete, quitósele de las manos y guardósele en el bolsillo juntamente con los billetes que no había soltado.

— Pero ¿qué hace usted, coronel?... No puedo..., no puedo.

— ¿Tienes comida y habitación y te niegas a socorrer a los que sufren?

— Sí, señor, tengo cama y comida; pero, ¿y las diversiones y placeres?, exclamó Remisof pronto a llorar de despecho.

— Yo me encargo de divertirme hasta que llegue tu dinero, es decir, hasta que te devuelva éste.

— ¿Qué haremos esta noche?, preguntó Remisof, todavía inquieto, pero engolosinado ya por la idea de que el coronel le hiciera conocer un sitio nuevo en donde divertirse.

— Es una sorpresa. Ven conmigo, yo me hago cargo de ti.

— Pero, coronel, no tengo ni un sueldo, exclamó Remisof registrando su portamonedas. No me quedan más que seis francos en moneda menuda. Deme usted algo.

Boleslao, sonriendo amablemente, sacó dos lises del paquetito y se los entregó a su propietario que los cogió en son de protesta.

— ¿Qué quiere usted que haga yo con cuarenta francos?

— ¿No te he dicho que yo me encargo de tus gastos?

— Pues si es usted el que paga, devuélvame el dinero ya que no le hace falta.

— ¡Chist!, dijo el coronel, llevando un dedo a sus labios con aire misterioso. Ya verás.

A pesar suyo arrastró a Remisof lejos del cofrecillo vacío que el pobre muchacho contemplaba con rostro consternado.

— Despachemos, dijo, tengo prisa; he de enviarle a mi amigo ese dinero por el correo de esta noche.

— Tiene usted tiempo, observó Remisof bostezando, no son más que las cuatro.

— ¡Las cuatro! ¡Dios mío!, no llegaremos a tiempo; ven corriendo.

El coronel arrastró a su amigo casi sin darle tiempo a que cogiera su sobretodo y su sombrero. Al ver que echaba a correr por el pasillo, le dijo Remisof medio dormido y de malísimo humor:

— ¿Por qué no tomamos el ascensor?

— Porque es peor, dijo Boleslao, volviendo el rostro hacia él pero sin dejar de correr. Iba tan de prisa que se le ocurrió una idea a Remisof.

— Apostaría una botella de moët a que ese dinero es para Madama Slavsky.

Boleslao se hizo el desentendido, pero Remisof era también porfiado y testarudo.

— ¿Verdad, coronel, que es para Madama Slavsky? No me lo oculte usted, ya sabemos lo que es eso. Debía usted de habérmelo dicho. No hubiese usted tenido que estirarme las orejas... ¡Madama Slavsky tiene una hija tan bonita!

Más sordo al parecer que nunca Marievitch llegó al patio donde le esperaban sus amigos.

— ¡Vamos, vamos en seguida!, dijo.

— ¿A dónde vamos?, preguntó Ratier dando la mano a Remisof que al estrechársela lanzó una cólerica mirada.

— A mi casa, replicó el coronel; aun me falta algo.

— ¿Cuánto?, preguntó Ratier llamándole aparte.

— Voy a ver... mil trescientos veinte.

— Forman el total de dos mil trescientos veinte francos, interrumpió Ratier, Bareme se lo dirá a usted. ¡Cómo!, hacen falta más de seiscientos ochenta francos... Y no ha podido darle ese hombre el total. ¡Miserable! ¡Ah! ¡si yo fuese rico!

— Le he quitado todo lo que tenía, apresuróse a contestar el coronel y me he comprometido a pagarle sus diversiones hasta que pueda yo devolverle su dinero.

Acometido de una gran hilaridad, Ratier se cogió la cabeza con ambas manos y tuvo que dar unos cuantos pasos por el patio antes de poder recobrar su seriedad.

— ¡Ah!, dijo por fin lo más tranquilamente que pudo, ¿se ha convertido usted en nodriza suya?, me temo que eso dure mucho tiempo, coronel, hasta que eche la muela del juicio, y como que ya ha pasado de la edad..., en fin le deseo mucha suerte... ¿Cambremos ahí los cuatro?, dijo acercándose al coche, cuyo auriga se había dormido en el pescante.

— Pero ¿vamos a ir ahí dentro?, preguntó Remisof haciendo un gesto de repugnancia, en un fiacre que sirve para llevar baúles? Yo no subo.

(Se continuará.)

MUERTE DEL REY CARLOS I DE RUMANIA

El rey Carlos I de Rumania, príncipe de Hohenzollern, nació en Sigmaringen el día 20 de abril de 1839 y era hijo del príncipe Carlos Antonio de Hohenzollern y de la princesa Josefina de Baden.

Cuando vacó el trono de Rumania, por expulsión del



El rey Fernando I de Rumania, que ha sucedido en el trono a su tío el rey Carlos. (De fotografía remitida por nuestro reportero J. Vidal.)

príncipe Alejandro Juan, Prusia propuso para ocuparlo al príncipe Carlos, que era entonces subteniente de dragones prusianos, y aceptada su proposición por las Cámaras moldo-valacas y por el sultán de Constantinopla, fué nombrado príncipe regente, con derecho hereditario, por plebiscito de 8 de abril de 1866 y reconocido por las potencias en octubre del mismo año. Introdujo grandes economías en la administración, llegando a renunciar un año 600.000 francos de su lista civil y otro 133 mil; estableció los primeros ferrocarriles, construyó numerosas carreteras y engrandeció y embelleció considerablemente su capital, Bucarest.

Al comenzar el conflicto turco-ruso en 1877, Carlos firmó



El maestro Turina, autor de la música de la comedia lírica en tres actos *Margot*

con el tsar de Rusia un convenio por el cual se comprometía a dejar a las tropas moscovitas el paso libre por su territorio. Este hecho produjo gran indignación en Turquía, que declaró rotas sus relaciones con Rumania, y Carlos, a consecuencia de esto, hubo de organizar un ejército, cuyo mando tomó, siendo su colaboración de gran eficacia para el éxito de la campaña y habiéndose encargado del mando del ejército ruso-rumano delante de Plewna.

En 1878 recibió el título de Alteza Real y en 14 de marzo de 1881 fué proclamado Rey de Rumania, habiendo sido coronado en 10 de mayo del mismo año.

Casó en Neuwied, el 15 de noviembre de 1869, con la princesa Isabel de Wied, la ilustre escritora que ha hecho célebre en el mundo de las letras el seudónimo de Carmen Sylva.



El rey Carlos I de Rumania, fallecido en Bucarest el día 10 del actual. (De fotografía.)

Por no tener descendencia este matrimonio, fué declarado heredero de la corona de Rumania el príncipe Augusto Guillermo, hijo del príncipe Leopoldo y sobrino del monarca; pero habiendo aquél renunciado a sus derechos, recayeron éstos en su hermano, el príncipe Víctor Fernando, que fué proclamado heredero del trono por decreto de 18 de marzo de 1889, y que ahora ha ceñido la corona por muerte de su tío el rey Carlos.

El actual monarca, Fernando I, nació en Sigmaringen el 24 de agosto de 1865 y el 10 de enero de 1893 se casó con la princesa María de Sajonia Coburgo Gotha, nacida el 29 de agosto de 1895.

De este matrimonio han nacido; en el castillo real de Pelesch (Sinaia), el príncipe heredero Carlos, el 3 de octubre de 1893, y la princesa Isabel, el 29 de septiembre de 1894; en el castillo de Gotha, la princesa Isabel, el 27 de diciembre de 1899; en el castillo de Pelesch, el príncipe Nicolás, el 5 de agosto de 1903; y en el palacio de Bucarest, la princesa Ileana, el 23 de diciembre de 1908, y el príncipe Mircea, en 1912.

MADRID. - ESTRENO DE «MARGOT»

Con excelente éxito se ha estrenado en el Teatro de la Zarzuela la comedia lírica en tres actos *Margot*, letra de Martínez Sierra y música del maestro Turina.

Martínez Sierra, el ilustre literato y tantas veces aplaudido autor dramático, ha escrito una obra delicada, llena de sentimiento, y al mismo tiempo pintoresca, rica en color; de acción movida y bellísimamente escrita, y merece entusiastas elogios por haber prestado la autoridad de su nombre al resurgimiento del arte lírico nacional.

El argumento se reduce a una aventura romántica de la cortesana Margot. Ésta llega a amar intensamente a un hombre, con todo el ardor con que sólo se ama una vez en la vida, y a este amor se entrega por entero ansiosa de embriagarse en el perfume de aquel nuevo sentimiento para ella desconocido.

Aquella pasión es una tregua en su vida inquieta; un placer nuevo, inefable, dulce, que inunda apaciblemente su alma; es quizás también una esperanza de redención.

Margot se siente feliz por breve tiempo; pero la fatalidad destruye las gratas ilusiones que su mente ha acariciado, y al ver rota la leyenda suspirada, la cortesana vuelve a su pasada y turbulenta existencia.



La reina María de Rumania y sus hijos la princesa Ileana y el príncipe Mircea. (De fotografía remitida por nuestro reportero J. Vidal.)

La acción de *Margot* se desarrolla en un *café-concert* de París, el primer acto, y en Sevilla, en los días de la famosa feria, los dos últimos; esto se presta a pintorescas escenas que el señor Martínez Sierra ha sabido aprovechar con tanto talento como habilidad de dramaturgo.

El maestro Turina, el ilustre compositor consagrado ya por el éxito de su música sinfónica, en la que lleva escritas páginas tan hermosas como esa joya que se llama *La procesión del 10 de octubre*, ha triunfado ahora en el teatro con la partitura de *Margot*.

La música de esta obra, inspirada, de elegantes líneas y llena de profundas melodías de la tierra andaluza, es un dechado de delicadezas y está admirablemente instrumentada.

Entre los números que en ella más se destacan, merecen ser citados de un modo especial la brillante escena descriptiva del paso de la procesión, el dúo de barítono y tiple y el final del tercer acto, sobrio y sentido.

En la ejecución se distinguieron María Marco, que sintió y cantó perfectamente el personaje de la protagonista; Rafaela Leonis, que dió gran relieve a su papel; Sofía Romero, y las señoritas Nieto, Harito, Tellaache y Suárez, y el barítono señor Parera, que demostró una vez más su buen arte y gusto de cantante.

La obra ha sido puesta en escena con gran esplendor, habiéndose estrenado dos hermosas decoraciones de Muriel y una de Mollá, así como un telón de bellísimo efecto de Martínez Garí.



Madrid. - Una escena del segundo acto de Margot, comedia lírica en tres actos, letra de Martínez Sierra y música del maestro Turina, estrenada con gran éxito en el Teatro de la Zarzuela. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



El monje tornero, cuadro de G. B. Torriglia. Exposición permanente de Milán. (De fotografía de Hugo Zuecca.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

LA INDUSTRIA LECHERA, por el ingeniero *L. Morelli*, de la Real Escuela de Agricultura de Brescia. Traducción del *Dr. Pedro J. Girona*, catedrático de la Escuela Superior de Agricultura de Barcelona. — El creciente desarrollo, en España y América, de las industrias fundadas en la manipulación de la leche y las exigencias cada día mayores de la higiene en todo lo referente a la expedición de la leche y sus derivados, hacen indispensables a cuantos intervienen en ello el conocimiento de los métodos por los cuales se obtienen productos irreprochables al propio tiempo que la economía necesaria al éxito de la explotación. A este fin tiende el manual del ingeniero Morelli, el más práctico de cuantos tratan de tan importante ramo de la riqueza pecuaria y en el que se estudian la leche, su composición, medios de ensayo, adulteraciones, etcétera; las operaciones de la industria lechera propiamente dichas, ordeño, transporte, pasteurización, fabricación de mantecas y quesos; y la organización y administración de las le-

cherías y queserías, así particulares como sociales. Un tomo de 306 páginas, con 124 grabados, editado en Barcelona por G. Gili; precio, 5 pesetas en rústica y 6 encuadernado en tela.

D. JOSÉ DE ESPRONCEDA. SU ÉPOCA, SU VIDA Y SUS OBRAS, por *José Cascales Muñoz*. — Este libro es una verdadera reivindicación de Espronceda, pues con él se destruye la ridícula leyenda que nos presentaba al poeta como horrible personaje de melodrama y como imitador de Byron. El Sr. Cascales Muñoz, confirmando sus asertos con cartas auténticas y documentos oficiales, demuestra que Espronceda gozó de posición desahogada; que fué buen católico; que sus calaveradas y travesuras no excedían de las de cualquier otro joven de su edad y de sus medios de fortuna; que supo exponer su vida cuando se trataba de salvar las de sus semejantes, como durante la epidemia cólica de 1834; que fué buen hijo, tierno padre y entrañable amigo; y, en suma, que en todos los actos de su vida se condujo como verdadero hombre de honor, con las mismas debilidades, pero también con las mismas virtudes del más perfecto de los de su posición y de su clase. Además, demuestra con pruebas fehacientes que nunca fué plagio,

como algunos han supuesto. De esta obra sale Espronceda como el poeta más sublime de la raza, ocupando un puesto de honor entre los poetas más grandes del mundo por su originalidad y por su genio. El libro, que lleva favorabilísimos informes de las Academias Española y de la Historia e interesantes apéndices, forma un tomo de 352 páginas con el retrato de Espronceda, publicado en Madrid por la Biblioteca Hispania; precio, 4 pesetas.

ARTE DRAMÁTICO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO, por *Antonio J. Bastinos*, con la colaboración de *D. Todoró Baró* y *D. Ramón Pomés*. — En extremo interesante es el libro recientemente publicado por el conocido editor barcelonés y escritor distinguido D. Antonio J. Bastinos y que contiene una notable introducción sobre el concepto del Teatro y curiosísimos datos referentes a la vida y a las obras de los más reputados autores, actores y actrices de los teatros castellano y catalán. El número de biografías es de 190 y a cada una acompaña el correspondiente retrato. El libro lleva al final un índice alfabético de autores y artistas. Un tomo de 342 páginas, editado por su autor e impreso en Barcelona en la Imprenta Elzeviriana.

PUBLICACIÓN NOTABLE

EL MUNDO FÍSICO

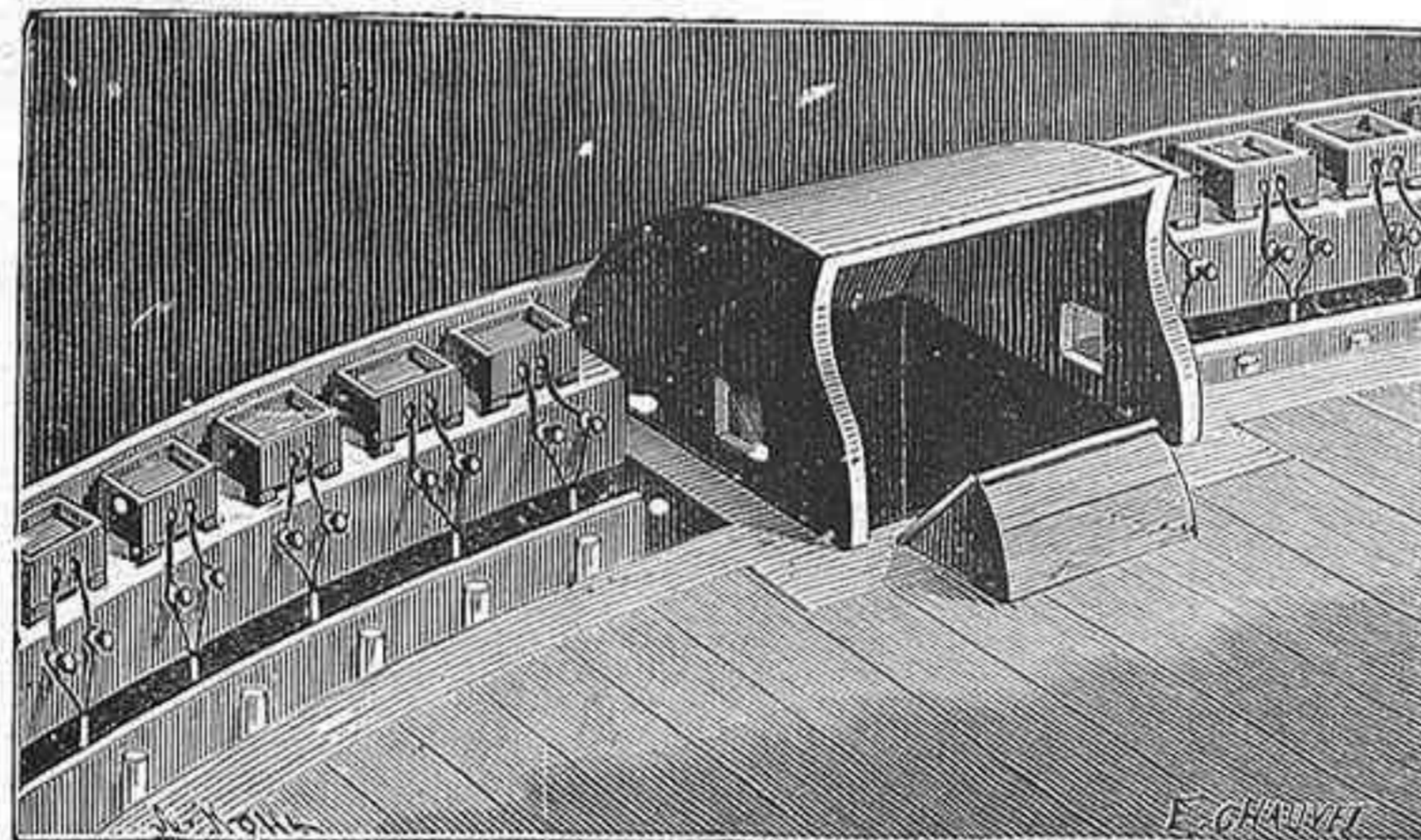
POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO,
ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

Esta importante obra es el tratado más completo y moderno de cuantos fenómenos físicos se presentan en la naturaleza, así de los que parecen más insignificantes como de los que suspenden el ánimo con sus poderosas manifestaciones. Escrita en estilo sencillo, descartadas de ella todas las demostraciones matemáticas para hacer más comprensibles las leyes y teorías de dichos fenómenos a toda clase de lectores y acompañada de gran número de grabados que representan máquinas, aparatos y cuantos inventos se han hecho hasta el día en el terreno de la Física, es un verdadero trabajo de ciencia popular, claro y preciso, que instruye deleitando y que



Muestra de los grabados de la obra. — Audiciones telefónicas teatrales

FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra. Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadernados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales si así lo solicita el suscriptor. Se reparte asimismo por cuadernos semanales á cuatro reales uno.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núm. 255, Barcelona

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVOKE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN